

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



# **EL CONFESIONARIO**

## **y otros cuchicheos**

Título Original: *Le Confessionnal. Contes chuchotés*

Edición original: G. Charpentier y Cía, éditeur. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

## EL CONFESIONARIO

### I

– ¡Lila!

– ¡Colette!

Se besaban, no dejaban de abrazarse, mezclando las sedas, los encajes, los mechones rizados, ¡todo! pues pensad que un año entero, ni un día menos, sin verse, constituía para ellas la más agradable sorpresa encontrarse de ese modo, por una loca y encantadora casualidad, en ese sendero florido y soleado, no lejos de un gran castillo antiguo con cuatro torres almenadas que, por feo y desapacible que resultase hacia algunas personas mayores, no podía dejar de sonreír entre los rayos de sol matutino y los gráciles vuelos de las golondrinas. ¿Cómo era posible que Colette, inveterada parisina, se encontrase en un paraje verdaderamente campestre? Hacía tres días que vivía en compañía de un pintor – un tal Silvére Bertin – en esa abundante soledad rodeada de hermosos paisajes; y, mientras el artista pintaba algún árbol caído a través de un claro, ella había ido a pasearse por la planicie, porque se aburría en el albergue. En lo que respecta a Lila, su presencia en esa comarca no tenía nada de particular, puesto que era la dueña del viejo caserón de las cuatro torres almenadas.

– Sí, monina, la propietaria.

– ¡Tú!

– Y una gran dama.

– ¡Tú!

– Y casada.

– ¡Oh! ¡Espero que no me digas que eres fiel a tu marido!

– Le soy fiel – dijo Lila con sencillez.

Colette miraba los prados, los árboles, el cielo.

– ¿En qué piensas? – preguntó Lila.

– Me pregunto por qué el césped no es rosa, y las hojas violetas, y el cielo de color ocre; pues, a fin de cuentas, después del milagro de tu conversión, todos los cambios son posibles.

Prorrumpieron en carcajadas. Pero Lila dijo con gravedad:

– Seamos serias. Es cierto que soy la más irreprochable de las esposas. Y me congratulo cada día por la honesta vida a la que me he resignado. ¡Ah!, querida, ¡qué

falsos son los placeres del mundo, y que pronto se desdeña su turbadora vanidad, cuando se han conocido los austeros encantos de la virtud y de una religión bien entendida!

– ¡Misericordia!

– ¿Qué?

– ¡También te has vuelto devota!

– Recibo con humilde gratitud las enseñanzas de un joven sacerdote que oficia en nuestra parroquia.

– ¡Excelente!

– Querida, hazme el favor, te lo ruego de no tener esos malos pensamientos y ser más discreta con tus palabras. No podría permitir que se sospeche de mi modestia, ni la del venerable religioso...

– ¿Qué edad tiene?

– Veinticinco años... los del venerable eclesiástico que ha querido tomarme como su penitente. Si persistes en tus frivolidades, me veré obligada a renunciar a una idea que, debido a nuestra vieja amistad, me resultaba muy apetecible.

– ¿Qué idea?

– Teniendo en cuenta que mi ejemplo tal vez te animaría a retirarte del pecado en el que todavía te veo instalada, quisiera invitarte a pasar algunas semanas en mi castillo.

Colette reflexionó.

– Por supuesto – exclamó jubilosa – ¡Silvère regresará solo a Paris! ¡Claro que quiero! ¡Me quedo! ¡Llévame!

Y allí, como dos niñas traviosos que charlan y ríen – pues, con su amiga de las fútiles momentos, Lila, a pesar del matrimonio y la devoción, volvía a recordar sus alegrías de antaño, – se pusieron a correr hacia la señorial residencia. Pero, desde el preciso momento en que pusieron los pies ante el porche, la dueña del castillo adoptó la compostura más grave del mundo; no hubiese sido conveniente que entrase con sus bonitos aires de locuela en el antiguo habitáculo de damas y caballeros donde se habían celebrado los himeneos de sus antepasados.

## II

¡Colette no salía de su asombro! y éste se redoblaba minuto a minuto. La baronesa de Cléguérec – tal era el nuevo nombre de Lila – se mostraba realmente la más ejemplar y la más austera persona que pueda imaginarse. Siempre vestida de negro, raramente levantando la mirada, caminando silenciosamente, con andares de monja, – no conservado más que un poco de extravagancia en sus rizos que permanecían ajenos a la radical conversión, hablaba con voz monótona y como acostumbrada a las oraciones, no decía más que cosas serias y con sentido común, tenía el aire de una pequeña señora de Maintenon. Intachable con el Sr. de Cléguérec, viejo hidalgo majestuoso, recibía con hospitalidad las visitas de los vecinos del lugar, presidía con un donaire, rebosante de dignidad, las largas cenas casi silenciosas donde no se hablaba de otra cosa que no fuera la próxima visita del obispo o de la Cuaresma, que sería oficiada en el pueblo vecino, por un famoso dominico. Pero sobre todo, cuando el joven vicario, muy seguro de sí mismo y sin embargo un tanto demasiado corpulento, se encontraba entre los invitados, la baronesa Lila se destacaba por la modestia de su actitud y su lenguaje; se adivinaba que quería merecer la aprobación de su director espiritual. Colette, aunque poco crédula a las apariencias – había repudiado finalmente toda sospecha, y estaba convencida de que su amiga no veía en efecto, más que un venerable eclesiástico en el joven sacerdote que tan buen aspecto tenía; y hete aquí que comenzaba a admirar a Lila profundamente.

Incluso se esforzaba en imitarla. Se obligaba a contenerse, a lo que tan poco acostumbrada estaba, adoptaba poses de santurrón, no parecía demasiado fuera de lugar entre las personas a las que la baronesa la presentaba como una vieja compañera del convento, muy piadosa, que quizás tomase los hábitos. Colette, vencida, no estaba muy lejos de imaginar que, un día, tal vez pronto, ella sería completamente igual a Lila, le gustaría serlo. Sin embargo, una mañana, experimentó una auténtica inquietud: fue al ver los aposentos particulares de la baronesa de Cléguérec. Desgraciadamente eran tristes y nada parecidos a la coqueta habitación de antaño en la calle Saint-Georges. Con la cama estrecha, estrechísima, los cortinajes sombríos, un gran crucifijo de ébano, y reclinatorios por todas partes, daba la impresión de estar en un oratorio donde se acostase una arrepentida que quiere encontrarse, incluso en el sueño, en un lugar propicio para la oración.

—¡Caramba! —dijo Colette suspirando — ¿Has tenido el valor de no conservar los muebles bonitos, ni las figuritas de cerámica, ni los recuerdos casi todos tan queridos, ni los espejos, ni el diván con los cojines de seda tan tiernamente arrugados?

—He tenido el valor — dijo Lila. — Al principio conservé el mobiliario de mi habitación, pero enseguida me di cuenta de que era un motivo de escándalo para el barón, e incluso para mí; y he debido deshacerme de él.

— ¿Lo has vendido?

— No, lo he dado.

— ¿A quién?

— ¡A Dios! — dijo Lila elevando hacia el techo sus pequeños ojos iluminados por la fe.

### III

No mentía: Era a Dios a quien había dado el mobiliario encantador y fútil. Cuando al día siguiente — un domingo — las dos amigas entraron para cumplir con sus devociones en la iglesia del pueblo, aun desierta a causa de la tan temprana hora, Colette reconoció sobre el altar las delicadas lamparillas japonesas que tan a menudo, en la habitación o en el salón, habían visto, con una suave claridad, apagarse las luces de ojos languidecientes. Esos espejos que, en sus marcos de palomas agrupadas, colgaban de los pilares encima de las estaciones del vía crucis, habían devuelto la imagen de bocas unidas y brazos enlazados. ¡La cortina rosa con la que se cubría el gran vitral sin pintura, había ocultado repetidas veces los tiernos y sutiles misterios de la alcoba. Colette no podía confundirse: la alfombra de las escaleras hacia la santa mesa había sido la moqueta estampada que fue tan mullida para las rodillas de otros tantos jóvenes prendados! Incluso el baptisterio recordaba extrañamente al gran jarrón de porcelana de Yeddo donde Lila tenía la costumbre de arrojar las cartas de amor recibidas cada mañana, las flores desprendidas, después del baile, de su blusa, los guantes que, durante los vales, eran objeto de demasiadas ardientes presiones. Y, por todas partes, entre los cirios, antes las estatuas de los santos o de los beatos, se hallaban tarjetas de baile, bomboneras, violeteras y abanicos abriendo su ala de nieve arrugada.

Piadosa como comenzaba a serlo, Colette no pudo más que aprobar el sentimiento que había impulsado a su amiga a santificar, consagrándolos al Señor, tantos objetos tan alejados, en el pasado, de tal destino. Sí, aprobó que las elegancias del amor mundano fuesen ofrecidas en sacrificio al amor divino, ¡que la iglesia fuese engalanada con el salón convertido! y se disponía a felicitar a la baronesa de Cléguérec cuando de repente, con un acento de reproche y casi de pavor, exclamó:

—¡Oh! ¡Lila! — dijo echándose un paso hacia atrás.

–¿Qué sucede? – preguntó la otra.

–¡Has ido demasiado lejos!, has sobrepasado los límites, sí, realmente creo que te has extralimitado.

¿Qué había observado Colette? El confesionario.

¡Era de madera de Chipre incrustada de nácar! Emanaba de él un perfume que no solamente era el olor del incienso! Sin ninguna duda había sido hecho con la cama de la cortesana arrepentida.

–Reconozco – dijo Lila no sin rubor – que esas planchas no están completamente en su sitio en este lugar sagrado, y dudé mucho tiempo antes de ponerlas ahí. Me parecía poco conveniente que se diese la absolución donde tan a menudo triunfó el pecado, por desgracia. Mi primera intención fue vender mi cama y distribuir a los pobres la suma que obtuviera de la transacción. Pero habría conseguido muy poco dinero, porque no estaba en buen estado al haberse roto.

–¿Roto?

–Sí, por una fatal casualidad en los primeros tiempos de mi estancia en el castillo. Llena de incertidumbre, consulté a mi confesor.

–¿El vicario?

– Él resolvió mis dudas de inmediato, afirmando que esa ofrenda sería infinitamente agradable al cielo.

–¡Qué!

–E incluso me ordenó hacerla sin demora, en interés de mi salvación y de la suya.

–¿Cómo? ¿De la suya también? ¿Por qué?

Estaban solas en la iglesia. Lila se acercó a Colette, se acercó mucho, y le susurró al oído:

–¡Eh!, tonta, –dijo con una risita divertida – ¡porque lo habíamos rotos juntos!

## LA HONESTA RECIPROCIDAD

### I

Tan desacostumbrado como pudiera estar del asombro por su prodigiosa facultad de hacer visibles, tangibles, los sueños más quiméricos, y de vivirlos en efecto al igual que nosotros, los demás, hombres de poca fe y de poco ideal, vivimos las banales realidades de la vida, Pierre Léridan, poeta parisino, de veintidós años, lleno de talento y de amor, fiel a las tradiciones románticas al punto de alquilar un quinto piso, en una buhardilla, en estos tiempos donde los menos afortunados de entre los hombres de letras viven en palacetes de mármol rosa o mármol de Sarrancolin, entre una multitud de criados constituida por antiguos políticos y antiguos editores, no pudo impedir sorprenderse cuando, esa noche, hacia las dos de la madrugada, habiéndose levantado de una mesa cubierta con las trescientas variantes de un solo soneto, para abrir su puerta a la que alguien había golpeado dos veces, tan suavemente, – dos golpes de ala de golondrina que roza una pared de madera, – se encontró en presencia de la más radiante y luminosa de las mundanas, completamente vestida en satén dorado (no completamente, pues veía, bajo el nacimiento de los cabellos rubios, la magnificencia de los hombros y unos senos como ofrendas) y que en esta inesperada visitante pudo reconocer a la esposa de un muy opulento y famoso diplomático, a la ilustre y deliciosa ¡marquesa Angeline de Albereine! Por otra parte, en caso de estar sorprendido, no le quedó más remedio que abandonarse, por lo que siguió, a un poco de estupefacción, puesto que, después de una leve inclinación de una exquisita cabeza que asomó del vestido adornado con diamantes, la recién llegada dijo, tan apaciblemente como pudiese parecer:

–¡Discúlpeme si le molesto, señor, a semejante hora! pero pienso que puede usted rendirme un gran servicio, sin demasiados contratiempos: ¿sería tan amable de desatarme el corpiño?

### II

La aceptación de los destinos abominables o encantadores, tan extraordinarios como éstos puedan serlo, es la constancia de las almas que la continuidad del pensamiento ha familiarizado con lo imposible. Desde el instante, en muy pocos

segundos, que volvió a ser dueño de sí mismo y admitido lo aleatorio de esa visita, dijo el poeta con un gran saludo:

– Bien, sí, ¿por qué no? Estoy a sus órdenes, señora. ¿Desatar su corpiño? ¡nada más fácil!; lamento profundamente que no tenga usted una tarea más especial o más difícil para probar mi obediencia.

Y él la tomó haciéndola girar a medias para poder, a la luz de la lámpara, agarrar y desenredar el anudado del lazo dorado.

Pero hete aquí que ella mostrase alguna turbación. ¿No era acaso a Pierre Léridan a quién ella esperaba encontrar en la buhardilla? Para no ser mal juzgada, se creyó en la obligación de explicarse. Por otra parte, nada más sencillo que esa aventura. Regresando del baile de la embajada rusa, el marqués de Albereine, siendo esperado en el casino, había acompañado a su esposa hasta la puerta de su domicilio y, una vez abierta ésta, había vuelto a subir al coche. Comprobad ahora el contratiempo: La doncella, que no esperaba hasta mucho más tarde el regreso de su señora, no estaba en el apartamento. La marquesa la había llamado repetidas veces, pues desvestirse sin ser ayudada, era tarea imposible, toda vez que los corpiños, según la moda actual, están atados por detrás, y, a menos que tuviese unos brazos de simio, no sería capaz de conseguir alcanzarse en medio de la espalda. Pero había llamado en vano, ¡nadie había acudido! El timbre eléctrico funcionaba mal sin duda. Después de mucha impaciencia, tras haber pensado en acostarse vestida – ¡extremo al que no sabría resignarse, cuando una se ahoga en un corpiño apretado! – la señora de Alberiene había tomado la audaz decisión de subir, por la escalera de servicio, hasta las buhardillas, para llamar a su doncella. Inútil temeridad. La criada no estaba en su casa. ¡No tenía ni idea de la mala conducta que siguen esas criaturas, incluso por la noche! Sin embargo, ¿qué hacer? ¿Cómo aliviar la rígida presión de las sedas y las ballenas, que se dilata – todo el mundo no tiene más que piel y huesos – en el calor agobiante de los bailes? Tan perpleja como era posible, la marquesa había reparado en una luz que se dejaba ver por debajo de una puerta; se había imaginado que una criada o un mayordomo – un mayordomo no es un hombre – vivían allí, y había llamado... Esa era toda la historia.

–Y decidiéndome, señor, – añadió la Señora de Albereine, – a solicitar su ayuda, me atrevo a esperar que usted no abusará de una situación, en apariencia escabrosa. ¡Prométame que no tendré que arrepentirme de la confianza que en usted deposito! Jure que sus dedos, desatando mi corpiño, se limitarán a los movimientos indispensables, y sobre todo que no aprovechará la prolongación de las telas para considerar con demasiada calurosa insistencia lo que eso pueda revelar de mi persona, pues debe usted saberlo, que para los bailes se bajan mucho las camisas sin mangas, para facilitar la respiración.

Ella enrojecía. Él respondió con un gesto solemne de juramento:

–Señora, esto es para hombres estoicos.

–¿Es usted uno de ellos?

–Sí –dijo él.

–¡Excelente!– dijo ella.– ¡Pero apresúrese, por favor, pues le aseguro que una rosa apremiada por la necesidad de eclosionar esta mucho más cómoda en su vaina verde que yo en este corpiño de satén dorado, y tengo la sensación de que la tela va a romper!

### III

Una plenitud de carne, lentamente, muy lentamente, con perfumes y sudores, se evadía del corpiño a medida que él extraía de broche en broche, el lazo de seda. Sus dedos, dedos donde vibraban las uñas, no podían impedir rozar – a pesar del formal

juramento – la fresca y húmeda desnudez de una blancura que se mostraba exigiendo las miradas, exigiendo los labios; y cuando, para apresurar la evasión de su pecho medio prisionero, la marquesa levantó los dos brazos, emanó una tal sofocante atmósfera, procedente de las rubias tinieblas de las axilas, que Pierre Lériidan pensó que se le abrían, delante de las narices, dos frascos llenos de rosas de té molidas en polvo de cantárida; y jadeaba, con las manos temblorosas. Pero, no importaba, él mantendría su promesa; el desataría, hasta el final, el corpiño, sin ceder a las reprobables apetencias del que era presa. Fue en vano que aparecieran los hermosos senos fuera de los velos, mostrando altivos los rosados de sus puntas por fin libres, fue en vano que todo el busto surgiese en su plena gloria de marmórea nieve; Pierre Lériidan continuaba manteniendo, – arrebatado, pero contenido, – el lazo deslizándose en los broches. Sin embargo, ¿qué experimentaba en esos instantes la marquesa Angeline de Albereine? ¡Ah! no era solo la dicha de aspirar el aire a pleno pulmón que le llenaba la garganta y le provocaba en el cuello arrullos de tórtola! Bajo el cosquilleo de los honestos dedos nacía una emoción, subía, la recorría, hacía deslizar, hasta el mantel blanco de los hombros, el estremecimiento que despierta sobre la leche, el roce de una mosca apenas posada, y, al mismo tiempo, en el pequeño espejo, delante de ella, veía con sus lánguidos ojos, donde aleteaban las pestañas, al hombre muy moderado y fiel al juramento, que desenlazaba con una lentitud en apariencia tan metódica. Era muy distinto de todos los agregados de la embajada y de todos los bailarines mundanos, con el donaire orgulloso de su joven rostro, donde la rojez de los labios contrastaba con el bigote oscuro, con sus cabellos un poco largos y con volumen, entre los cuales asomaba una frente pura como la de una muchacha. Y en torno a ellos, la buhardilla resultaba encantadora. Una habitación exquisita bajo los tejados, repleta de telas exóticas y de divertidas figuritas. En un rincón, la estrecha cama, entreabierta, con sábana de fina tela, era una blancura perfumada de juventud, bajo una caída en pesados pliegues de satenes japoneses, bordados con grandes flores doradas y pájaros rojos! Pues Pierre Lériidan vivía entre lujos raros, y, no teniendo publicados más que dos volúmenes de versos, ya era rico gracias a la ordinaria liberalidad del editor Alphonse Lemerre. De modo que la marquesa Angeline de Albereine, acostumbrada a las ingeniosas elegancias, no se encontraba en absoluto fuera de lugar en esta pequeña habitación tan similar a una adorable salita; y ningún temor de vileza alguna, le impedía someterse, deliciosamente envuelta, al calor de un aliento que le acariciaba los riñones, le alcanzaba el cuello, se detenía en la nuca, se deslizaba a lo largo de los brazos, y acababa en al extremo de los senos haciendo saltar chispas en la carne rosa.

#### IV

Sin embargo, la tarea estaba acabada y el lazo se había desprendido del último broche; la marquesa, ocultando por completo su pecho bajo el corpiño, que trataban de retener con sus manos, dio un paso hacia la puerta, y, llena de una sincera gratitud, dijo:

– Le agradezco, señor, su bondad; ¡créame que no olvidaré que he evitado gracias a usted el fastidio de dormir completamente vestida! Si alguna vez me fuese posible a su vez, rendirle algún agradable servicio...

El balbuceó, con la mirada baja:

– ¡Ah! señora, yo no merezco tales agradecimientos, y hubiese deseado no tener que pedirle tan pronto un servicio en recompensa por la labor de la que tan feliz me he sentido. Pero me encuentro realmente en un estado lamentable, y me veo obligado, ahora mismo, a recurrir a su ayuda.

– Sí, señor, ¿puedo serle útil en algo? Lo seré, se lo juro, encantada.



–Desgraciadamente, señora, vea mis dedos; tiemblan extrañamente por haberos, rozado, aunque bien poco, y durante largas horas no cesarán de temblar. Jamás podrán, esta noche desde luego, desanudar mi corbata o hacer saltar los botones de mis ropas; y no ignora, puesto que usted misma ha temido esa circunstancia, hasta que punto es desagradable meterse en la cama, vestido...

–No comprendo – dijo ella.

– ¡Yo dormiría muy mal en estas estrechas vestimentas! Pero bastaría que vuestras delicadas mano, al ejemplo de las mías...

¡Ella se dio la vuelta, casi indignada! ¡En verdad, era una extraña idea la que él había tenido!...¿Sin embargo, acaso no tenía derecho a pedir que ella hiciese por él lo que él había hecho por ella? En el fondo, no había nada que no fuese legítimo en la exigencia de tal reciprocidad, por otro lado tan correctamente formulada.

– ¡De acuerdo, no seré una ingrata! – dijo ella con un aire de generosa resolución.

Y, magnánima, extendió los brazos, – sus bellos brazos desnudos y cálidos de donde emanaban perfumes, – hacia el cuello del joven hombre. Apenas sin vello, una blancura relumbró una vez desanudada la corbata. Ahora bien, menos prudente que la marquesa, Pierre Léridan había omitido hacerle prometer que ella no abusaría de una situación en apariencia escabrosa; y tal vez la Sra. de Albereine no se limitase a los movimientos indispensables, al ensanchamiento de las telas mientras ella lo seguía, y él caminaba hacia atrás, hacia la cama del rincón, hacia la cama entreabierta, con sabanas de fina tela, perfumadas de juventud, ¡bajo una caída en pesados pliegues de satenes japoneses, bordados con grandes flores doradas y pájaros rojos!

## **LAS CORTESÍAS DEL ADULTERIO**

Como yo ya había hecho saltar de sus ojales los tres primeros botones de su blusa, ella dijo con un suspiro:

–¡Ah! ¡Dios mío!, es bien cierto que no podré resistirme a usted por mucho tiempo; y no está fuera de toda conjetura que usted obtenga de mí, en breve, todo lo que quiera obtener, por desgracia.

– Señora, – respondí yo – su resistencia fue tal que ella le asegura un honorable lugar entre las más virtuosas personas de las que la historia ha conservado el recuerdo.

Y ya, henchido del orgullo del triunfo, me preparaba a las temeridades supremas, – el lugar: su salón, mi postura: arrodillado, dando facilidades, – cuando la muy cruel volvió a abotonarse la blusa, como durante un asedio se aprovecha el momento en el que el enemigo reúne sus fuerzas para poner en estado de defensa una fortaleza apenas desmantelada; y ella me dijo cruzando enérgicamente las piernas:

–¡No! ¡No espere nada! A pesar de la ternura de la que mi débil corazón propende hacia usted, a pesar del muy probable placer que debería al rozamiento, primero ligero, de su bigote moreno y recio, en la insensible pelusa rubia – tan sensible sin embargo, – que crece encima de mi labio, usted no me arrebatará ningún favor realmente decisivo...

–¡Oh!– exclamé.

–A menos..., –continuó ella.

–¿A menos qué? ¡Hable!

Ella vacilaba, acabó estrechando cada vez más las piernas bajo la tela extendida donde se marcaba la línea gruesa del muslo, donde se precisaba la frágil claridad de la rodilla y dijo:

– ¡A menos que usted me diga francamente lo que piensa de mi marido!

Yo habría podido hacerle observar que había algo de insólito, incluso fuera de lugar, en evocar, en semejante momento, la idea del insoportable imbécil a quien ella había consentido en hacer dichoso, y desgraciado. Pero el estado, realmente digno de lástima, en el que me había sumido el parcial éxito de las primeras tentativas, no me permitió esa lucidez de inteligencia tan proclive en las escaramuzas de la discusión, y gemí desesperadamente:

– ¡Le voy a decir todo lo que pienso de su marido!

–Bien, escucho.

Sí, iba a decirle mi opinión sobre ese petimetre. Que era viejo, que era calvo, que era feo, que era tonto, que era semejante a todo lo que resulta detestable y burlesco, ¡eso iba a proclamar!

Pero hay instantes – demasiado raros – en los que uno está especialmente inspirado.

¡Yo tuve uno de ellos!

–Señora – comencé a hablar – su marido es uno de los hombres más encantadores que sea posible imaginar.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! – dijo ella con entusiasmo.

–Aquellos que piensan que tiene sesenta años se equivocan.

–Sí, si, se equivocan.

– Incluso tiene cabello.

– Muy poco, pero alguno tiene.

–Por otra parte, en su juventud, la delicadez y armonía de sus rasgos llamarían la atención de todas las mujeres de buen gusto.

–¡Desde luego!

–Además, sus talentos son completamente extraordinarios. ¡Si fuese diputado, sería elocuente! ¡Si fuese ingeniero, sería un sabio! ¡Si fuese poeta, sería sublime!

–Añada usted que cometo un gran error al no adorarlo con una incomparable pasión, dado que él es absolutamente superior a los jóvenes hombres que me agobian con sus atenciones, ¡superior a todos! ¡Incluso a usted!

–¡Incluso a mi! – proclamé.

Me saltó al cuello, luego cayó muy rápido completamente rendida, – eso permite acceder bien a los botones, – sobre el diván en el que el estricto cruzamiento de piernas, en el azar de la caída, habría sido completamente imposible.

–¡Ah! ¡Qué placer me produce que hable usted de ese modo! pues jamás habría podido tener un amor sin remordimientos por un hombre que no tuviese hacia mi marido tanto respeto y estima como yo tengo en mi misma, y además...

Yo le besaba en los labios.

–... Y además, nosotros le debemos esto – dijo abandonándose.

### LA CAMA SALVADA

– Señora, es el alguacil.

Si ustedes piensan que Colette pareció sorprenderse de esta visita, se equivocan. Lo que debería sorprenderle, era que el alguacil viniese esa mañana como hacía de ordinario todas las demás. Pues, a causa de su amor a las hermosas telas y a las bonitas joyas, la locuela muchacha tenía más deudas de las que se deben tener; y ¿cómo las pagaría, puesto que tenía la manía de no pedir al amor más que el placer del beso? Así pues, dijo sonriendo:

– ¡Hágalo entrar!

Y saltó de la cama en un aleteo de encajes y batistas arrugadas, de donde se levantó una polvareda casi visible de perfumes, como alas de una mariposa que estuviesen contenidas en los polvos de arroz. Cuando el oficial ministerial apareció, Colette acababa de abrochar el broche de su liga, sobre una media de seda rosa, por encima de la rodilla.

Ahora bien, ningún hombre era tan cortés ni tan galante como ese alguacil, además de ser joven, muy elegante y con muy buen porte. Él no habría consentido en agravar mediante brutales modales los problemas de las personas a las que él debía visitar para proceder a enojosos embargos, y ponía en ello toda la delicadeza de la que era capaz. La visión de un poco de carne casi nívea, alrededor de la liga de Colette, no era algo que le inspirase precisamente sentimientos feroces que, por otra parte, tan ajenos le eran; y esa mañana decidió exagerar su buena disposición acostumbrada. Como si se tratase de un nimio crédito, dijo:

– Puede estar segura, señora, que no vengo a inscribir en mi malhadado papel verde claro todos los objetos, tan preciosos, con los que se engalana su habitación; me bastará elegir uno solo de estos bonitos muebles.

– ¡Vaya, es usted muy amable! Vamos, adelante, elija.

El alguacil se aproximó a un diván de satén rosa, deliciosamente gastado, bordado con pálidas florecillas plateadas bajo unos cojines tapizados de tela de malines. Pero, de pronto Colette dijo:

– ¡Oh! no, no, se lo ruego, ¡ese diván no!

– ¿Por qué? – preguntó él.

Colette, que tenía mucha experiencia, hacía tiempo ya que se había dado cuenta de que en ciertas ocasiones sería indecoroso no enrojecer, y, como había perdido las

modestias naturales, se valía bastante a menudo, para provocar algún rubor en sus mejillas, de un recurso muy sutilmente imaginado: se obligaba a recordar el minuto, ya lejano, – no demasiado sin embargo, pues Colette era muy joven – en el que, en el granero, en casa de su tía, un primo que ella tenía la deslumbró y la asustó con la más imprevista de las revelaciones; y, de inmediato, se encontraba completamente turbada. No dejó de recurrir a este curioso medio; y, con la mirada baja, semejante a una amapola un poco pálida, dijo:

–Es que un día, sobre este diván, cuya inclinación invita a la relajación de las buenas costumbres, Ludovic, un joven, que de todos los que me aman no es el menos amado, (¡ah! ¡qué digno es de ternura!) me conminó con un ardor verdaderamente extraordinario a que no me negase a los deseos que en él germinaban desde hacía tiempo; y me veo obligada a confesar que, tocada en el fondo del alma por su constante pasión...

–Dios no quiera que sea yo quien la prive de este mueble que tan querido debe serle! – dijo el galante alguacil.– Respeto más que nadie la santa religión del recuerdo.

–¡Gracias!– dijo Colette– sinceramente conmovida.

–Pero veo aquí un sillón Luis XV muy rico y muy elegante, y nada se opone, creo...

– ¡Ay! ¡No se atreva a tocarlo!

– ¿Cómo?

–Desgraciadamente,– suspiró Colette, enrojeciéndose todavía una vez más (utilizando la misma estrategia), – sentada en una ocasión en él, en una calurosa tarde de verano, yo leía historias de amor, y, completamente sumida en una dulce languidez, me quedé dormida, con el alma colmada de tiernos sueños. ¿Fue mi sueño largo? No lo sé. Una dulzura extraña me despertó; vi, arrodillado muy cerca de mí, a un joven tan encantador, que de todos los que me aman, no es el menos amado...

–¿Ludovic?

–No, Valentin, ¡digno de ternura tanto como el otro! y, en la incertidumbre en la que me encontraba respecto de la conducta que había tenido durmiendo, no creí tener el derecho de rechazar, una vez despierta, lo que él me pedía.

–El sillón – dijo muy cortés el alguacil – no debe ser menos precioso que el diván. Por nada del mundo quisiera privarla a usted del querido testigo, casi actor, de una aventura tan placentera. Me conformaré con algún otro mueble. Pero como, me serían hechas objeciones análogas a favor del sofá, de las dos poltronas, e incluso de las sillas –¡pues todo es posible!...

–¡Ah!, señor, como adivina usted las cosas!

–...Tomaré este espejo pompadour, enmarcado con palomas doradas que se alisan con el pico las plumas con mudo arrullos.

Pero Colette exclamó:

–¡No! ¡no! ¡oh! se lo suplico, ¡déjeme ese espejo! es en el que se reflejaron los más deliciosos besos, la noche en la que por primera vez dejé reposar mi cabeza sobre el hombre de...

–¿Valentin?

–No, de Gontran, ¡tan adorado como los otros dos, y tan digno de serlo!

–¡Diantre! –exclamó el alguacil – la situación no deja de ser bastante complicada; y me parece difícil conciliar los deberes de mi cargo con mi respeto por la religión del recuerdo, –¡de los recuerdos! –No pensaba llegar a este extremo. ¡Esta mesa de mármol negro y pies de oro, zanjará el asunto! Es poco probable que usted tenga algún tierno motivo para defenderla.

Colette dijo:

–¡Magnífico!, está bien, tome la mesa.

Pero, apenas había comenzado a escribir, cuando ella se avalanzó hacia él:

–¡Clemencia! ¡Clemencia! ¡Tome mi vida! pero no la mesa de mármol negro. Una noche, en el resplandor de veinte velas, un joven, más apuesto de lo que se puede ser, y tan ardentemente prendado...

–¿Gontran?

–No, Félicien, el más amable, el más amado, éste sí, de entre todos aquellos que me amarán, había obtenido mi conformidad de que le desvelaría toda la querida maravilla que el se afanaba en decir que yo era; y, con el vestido y las faldas caídas con las muselina, así como las prendas más íntimas, él me levantó, completamente arrebatado, y me acostó sobre el mármol oscuro y brillante, donde mi nívea piel, según decía, destacaría más deliciosamente blanca.

El alguacil se rascó la oreja; estaba tan perplejo como era posible.

– Pero, entonces, ¿qué embargaré? pues es necesario que embargue algo.

Tras algunos segundos de reflexión, Colette dijo:

–Tome la cama.

– ¿La cama?

–Sin duda.

–¿Qué? ¿La tiene usted en menos estima que al diván, que al sillón, que al espejo y que a la mesa?

–Colette respondió levantando la cabeza, como ofendida:

–Sepa, señor, que de todos aquellos a quien he concedido la certeza de creer que no me fueron completamente odiosos, ninguno, a la hora en la que entró por primera vez en esta habitación, – ¡y solo las primeras veces merecen la pena ser guardadas en la memoria! –me hizo la afrenta de retrasar lo que implican las cortinas abiertas, la colcha apartada y las sábanas abiertas; y soy de las que se ama sin demora, donde uno se la encuentra.

El alguacil se inclinó con gesto de excusarse.

–Será pues su cama la que inscribiré en el malhadado papel verde claro; aunque tal embargo, en términos legales, no sea muy regular.

Y por segunda vez, tomó la pluma; pero mientras inventariaba el mueble rosa, las cortinas, los travesaños, las almohadas, le venía del lecho tan turbadores perfumes de carne atenazada por el sueño y maquillajes íntimos que lo obligaron a volverse hacia aquella de donde habían salido y a donde parecían querer regresar, hacia Colette, tan cercana, que se inclinaba, envuelta de pies a cabeza, con tanto pudor, en una transparente gasa.

–No, en realidad – dijo el amable alguacil – me produce demasiada pena tomar una cama tan deliciosamente amoral que fue el estuche de una joya viva, más preciosa que todos los diamantes y todas la perlas. Por desgracia, ¡no tengo ninguna razón para respetarla como a los demás muebles!

Colette, sonriendo, más cerca todavía, dijo:

–¿La misma razón?

Luego, rápidamente arrojada sobre la cama, y reventando de risa entre las ligeras telas en las que ella estaba completamente blanca, rosa y rubia, dijo:

–Bien, ¡toda suya!

### LOS DESEOS DE UNA GAVANZA

Como la más pequeña de las hadas – hay hadas tan pequeñas que se podrían esconder en la arruga que ríe cerca de la boca de mi amiga – salía al amanecer de la rosada gavanza, donde, la víspera, había encontrado un refugio al verse perseguida por un cruel brujo transformado en escarabajo, dijo a ésta:

– Hermosa flor del matorral, apenas eclosionada, gavanza amiga mía, quiero demostrarte mi agradecimiento por el favor que me has hecho procurándome la hospitalidad en el cáliz tan estrecho de tu inocencia rosa; y, puesto que soy todopoderosa, a pesar de mi talla menos alta que las briznas de hierba de los linderos, no dejaré de cumplir el deseo que te plazca formular. Vamos, reflexiona, elige, pide. ¿Qué te gustaría tener? ¿Qué te gustaría ser? ¿Quieres que la brisa de una primavera siempre perfumada te acaricie eternamente y nunca te desflore, y que un luminoso arroyuelo, hecho de diamantes fundidos, fluya cerca de tu tallo y te ofrezca una huidiza transparencia donde mirarte? ¿Tal vez encerrada entre las hojas que son para ti como los barrotes de una celda, envidies el vuelo de las mariposas dispersadas de corola en corola o de las alondras que surcan el aire? Si tal es tu deseo, serás la amarilis prendada de los claveles, la Mélicerte que sube volando a las ramitas de los muguets, el tenebrío desfallecido de amor en la caricia de los rayos de estrellas; o bien, haré de ti el pájaro que en su claro trino lleva, en el despertar del cielo, el saludo de la tierra apenas desentumecida.

–Querida hadita – dijo la gavanza – os agradezco vuestra buena voluntad; pero tengo ambiciones más elevadas.

–¿Qué deseas entonces, amiga mía?

– Sabedlo, señora: El otro día, en este sendero, vi pasar a la señorita Mésange con su enamorado. Jamás los matorrales del paseo, que rozan a tantas felices parejas, habían admirado a una joven tan perfecta en su menuda gracia. En cuanto a mi, me encontraba completamente extasiada observándola, y me esforzaba para inclinarme y poder tomar un poco del perfume, más dulce que los míos, que emanaba de su vestido. Pero lo que colmó mi entusiasmo, fue que, en un instante, a fin de dejarse dar un beso, ella se volvió, con la boca entreabierta, bajo los labios del amante, y pude percibir, entre el nácar de los dientes, la punta de una lengua rosada. ¡Ah! buena hadita, nada es más encantador ni más digno de adoración que la rosada punta de la lengua de la señorita Mésange; y eso es lo que quisiera ser.

–¡Rayos!– exclamó el hada – ¡no podré decir de ti que eres una flor limitada en sus deseos! No habrías mostrado más orgullo si hubieses deseado ser transformada en ese rubí, el más bello de la diadema nocturna, de la que está hecho el astro Aldebarán. Pero, puesto que he comprometido mi palabra, no me debo desdecir; y tu voluntad, florecilla del camino, será de inmediato obedecida. Por lo demás, puesto que tú eres rosa, una parte de la tarea ya está hecha.

Fue así que la hospitalaria gavanza se transformó en la exquisita punta de la pequeña lengua que colea, entre los dientes de la señorita Mésange.

## II

Sería difícil expresar lo feliz que ella fue en los primeros tiempos. Además de la gloria de ser más ilustre que el rubí Aldebarán, conoció la dulzura – pues la señorita Mésange no deja de ser bastante apasionada – de insinuarse en las cremas perfumadas de los pasteles y en esos vasitos de Bohemia, tan pequeños, donde se vierten los licores de las Islas. Pero lo que la entusiasmaba cien veces más todavía era permanecer en la humedad deliciosamente olorosa de una boca más tierna que las más amorosas rosas, y de deslizarse entre las perlas de los más finos dientes del mundo, y de posarse sobre unos labios tan rojos y tan delicadamente carnosos que se diría un cáliz hecho con la pulpa de un fruto escarlata; incluso no experimentaba ningún disgusto, cuando, emocionada por un extraño instinto, se estremecía y estiraba, completamente imbuida de rocío, bajo un beso muy lento, muy largo...

Pero no hay alegría que no tenga algún aspecto negativo; bastó un hilo de la Virgen para oscurecer el camino. Transcurrido apenas algunos días, la gavanza se quejaba amargamente solicitando la ayuda la pequeña hada.

– ¡Eh! ¿Qué ocurre, gavanza, amiga mía, ahora bonita punta de una pequeña lengua rosa?

– ¡Oh, querida hada! soy tan desgraciada como no se puede imaginar, sino siempre, al menos por instantes. Pues el enamorado de la señorita Mésange tiene la costumbre verdaderamente extravagante de no limitar sus besos a los labios de su amiga; demasiado a menudo me agarra, en vano trato de huir, pero no me deja, me muerde entre sus feroces dientes. Es un tormento que no esperaba y que no podré soportar por más tiempo.

– ¿Qué puedo hacer yo para evitarte ese suplicio? ¿Quieres volver a ser una florecilla del camino, alejada de la señorita Mésange?

– ¿Alejarme de ella? ¿Dejar de formar parte de ella? ¡oh! ¡claro que no! Pero sabed, señora, el deseo que os formulo. Sé que, en el doble ensanchamiento de la blusa, se hinchan deliciosamente los jóvenes senos de la señorita Mésange, y su redondez de gran perla remata en un extremo rosa parecido a una fresa del bosque. Quisiera ser la punta de uno de los senos que se agitan, como dos tórtolas en el nido, en el doble ensanchamiento, un poco oscuro, de la tela.

–¡Rayos!– exclamó el hada – ¡no podré decir de ti que eres una flor limitada en sus deseos! No habrías mostrado más orgullo si hubieses deseado ser la gota de sangre que a veces deja caer sobre los cúmulos de nieve de los jardines paradisíacos un joven ángel que se ha pinchado el dedo bordando el velo de sus celestes bodas. Pero, puesto que me has hecho un gran favor, quiero servirte todavía; y tu voluntad será de inmediato hecha realidad. Además, puesto que ya eres rosa, una parte de la tarea está hecha.

Fue así como la gavanza, tras haber sido la punta de una exquisita pequeña lengua, se convirtió en una de las fresas que maduran, o de las brasas que arden, en el extremo de los senos de la señorita Mésange.



## III

¡Ah! ¡Qué encantada y orgullosa estaba! Como se erguía, triunfante, al igual que el hierro de la lanza, teñido de sangre, de una joven guerrera victoriosa. Desde luego, ningún destino era tan envidiable como el suyo. Todos los aromas de los más florecientes de los pechos subían hacia ella, e incluso ella misma tenía esa gloria de ser un incomparable perfume. Lo que le parecía divino era, bajo la tensión de las telas, sentirse un poco hundida, apenas, en la tibieza de la gruesa carne firme; pero lo que, más aún, la extasiaba, la enorgullecía, era, por las noches, una vez caídos todos los velos, ¡verse reflejada ante el espejo desnudo, soberanamente rosa, en toda la blancura de un cuerpo de nieve vivo y de palpitante alabastro! Incluso no experimentaba ningún disgusto cuando se sentía rozada por un soplido del amigo de la señorita Mésange, que iba a ser un beso.

Pero, puesto que aquí abajo no hay felicidad perfecta, y que una sensitiva puede sufrir hasta la agonía suprema bajo el ala apenas posada de una mariposa, la gavanza, en su nueva condición, no tardó en lamentarse, reclamando de nuevo la ayuda de la buena hadita.

–¡Eh! ¿Qué te sucede, gavanza amiga mía, ahora fresa o brasa en el extremo de un seno más níveo que las perlas?

–¡Oh, querida hada! El enamorado de la señorita Mésange no es menos cruel respecto de lo que soy, de lo que tan ferozmente se mostraba respecto de lo que fui; si mordía con una espantosa barbarie la delicada lengua de su amiga, no trata mejor la rojez madura o llameante en la cima de un seno de nieve. Es un tormento que no esperaba y que no podré soportar por más tiempo.

–Pienso que, esta vez, instruida por la experiencia, querrás convertirte en florecilla del sendero, lejos de la señorita Mésange, ¿no es así?

–¡Oh! ¡Claro que no, señora! He pensado en un nuevo deseo; sin alejarme de ella, sin dejar de formar parte de ella, me sustraeré al peligro de las malévolas mordeduras. Huiré, sí, huiré, pero sin abandonarla, al más delicioso de los asilos, en una retirada más frondosa y más olorosa que los musgos del bosque, donde evitaré el agudo ultraje de los dientes demasiado amorosos.

–No te entiendo bien, – dijo la buena hadita.

–Acercaos – dijo la gavanza – pues he de hablaros en voz baja.

Fue casi en silencio, fue un perfume más que un sonido como continuó la conversación bajo la batista un poco levantada.

– ¡Rayos!– exclamo el hada, –¡He aquí el más orgulloso deseo que pueda ser formulado! No habrías mostrado una mayor ambición si hubieses deseado ser la inefable joya por la que se realizan todos los goces esperados y que fue oculta por Viviane para que nunca la encontrasen, bajo las ramas en flor del bosque de Brocéliande. Pero, puesto que me acogiste, gavanza, amiga mía, en tu estrecho cáliz, quiero agradecértelo una última vez, y tu voluntad será de inmediato cumplida. Además, puesto que ya eres rosa, una parte de la tarea está hecha.

Fue así como la gavanza...

Pero, desde el momento en que el deseo fue cumplido, la buena pequeña hadita se inclinó hacia ella y le dijo, con una risa un poco irónica:

–¡Bueno, bueno! Ya estás donde has querido, bien oculta, bien alejada, amiga mía. Pero no importa; yo en tu lugar no estaría tranquila; pues, por supremo y sagrado que sea el misterio en el que te has aislado, tan pequeño, el fervor cruel de un amante

demasiado arrebatado, tal vez sea muy capaz de sorprenderte ahí, más rosada y mejor perfumada, y, por desgracia, no respetarte.

## EL PERFUME VENCIDO

### I

La marquesa de Ruremonde, declaró con mucho arrojo:

– Puesto que ningún visitante se ha decidido a venir a perturbar la intimidad de este té de las cinco, dado que estamos solas y ya que estamos entre amigas, aprovechemos para ser francas, y confesemos, dejando aparte honestas hipocresías, que no hay persona bien nacida que no engañe a su marido.

– ¡Ni una!– aprobó la Señora Lise de Belvélice.

–¡Nada más cierto! – proclamó la Señora de Caldelis.

–¿A mi me lo va a decir, usted? – exclamó la vizcondesa de Valensole.

Esas jóvenes mundanas encontraban tan profundo placer en esta constatación de la universal infidelidad femenina que prorrumpieron en carcajadas al unísono; y de la alegre agitación de sus vestidos tan próximos entre sí, de sus cabellos sacudidos, de sus abanicos rápidamente cerrados y abiertos como dos alas de pájaros locos, con las risas y el polvo de arroz que flotaba en el aire, surgía un no sé que de amable perfume de adulterios rememorados.

Pero la pequeña baronesa Hélène de Courtisols, tan joven, tan frágil, tan ingenua, dijo:

–¡Yo no, por desgracia!

¿Acaso era la excepción a la regla? ¿No engañaba a su marido? Por inocente y mosquita muerta imbuida de las puerilidades del convento que le hubiesen dejado indemne el himen, era inverosímil que, tras un año de matrimonio, todavía no hubiese cedido a las tiernas o brutales pasiones de algún hábil amante aprovechando la penumbra del salón sin lámparas o los cómplices abandonos de una tarde de tormenta. Al asombro que experimentaban sus amigas, se unía, a las unas, un poco de incredulidad, y a las otras un poco de subestima. De modo que Hélène de Courtisols se sintió, bajo las miradas inquisidoras, tan turbada como una puede estarlo, y, no sin una amapola en cada mejilla, repuso, casi balbuceando:

–¡Oh, sé perfectamente que no hay que vanagloriarse de una virtud tan extrañamente pasada de moda! No ignoro que faltó a todas las costumbres generalmente adoptadas; aquellas de entre ustedes que se mostraron conmigo tan amistosas, se alejarán tal vez de mí con un encogimiento de hombros. Además, imagino que se debe

desfallecer muy agradablemente entre los brazos de un hombre joven que nos merezca mediante actos de devoción y largas e infatigables súplicas; confieso que no puedo imaginar sin delicia la plenitud de mis labios bajo unos bigotes rubios o morenos, un poco rudos, no demasiado, y, en fin, les juro que si soy más inhumana, a los enamorados, que una roca o que una tigresa, ¡no es culpa mía! Sino que, una fatalidad, contra la cual nada puedo, me obliga a las más estrictas continencias; no podría, sin exponerme a un gran peligro, acoger en la alcoba o sobre el diván las solicitudes de un amante decidido a llevar la situación al límite.

Tras esas palabras, la especie de desdén que, un instante antes, había rodeado a la Señora de Courtisols, trocó en una compasión muy tierna y sincera.

– ¡Oh! ¡Pobre criatura! – gimió la vizcondesa de Valensole.

– ¡Eso es horroroso! – se lamentó la Señora de Caldelis.

– ¿Quién podría imaginar una desgracia semejante? – sollozó casi la Señora Lise de Belvélice.

Únicamente, la marquesa de Ruremonde, esa ilustre practicante, cuya fama está basada en tantas bellas aventuras y apoyada sobre una incomparable ciencia de los más sutiles arcanos, se mostró poco conmovida y dijo con tono reposado:

– Desde luego es muy fastidioso, en efecto; pero no sabría concebir a que peligro tan grave se expondría nuestra amiga cediendo a sus inclinaciones naturales; pienso que le gustaría darnos algunos detalles sobre la fatalidad con la que se justifica.

Todas exclamaron:

– ¡Sí, sí, que hable! ¡Hable! Explíquenos porque le resulta imposible...

¡No ha habido nunca amapolas tan rojas como en esos instantes lo fueron los pómulos de Hélene de Courtisols! Murmuraba que no se atrevería nunca a decir toda la verdad, que no podían pedirle eso, que moriría antes que realizar tal confesión. Pero le rogaron con tanta insistencia, con tantas zalamerías, dejándole dar a entender tantas veces que la comprenderían (la Señora de Ruremonde, muy experta, había dejado caer ante la única ventana las pesadas cortinas de satén) y tantas veces le prometieron guardar el secreto, que por fin ella se resignó a satisfacer la curiosidad de sus amigas; y, medio tumbada en el sofá bajo, en medio de todas las jóvenes mujeres que tan cerca estaban, con el abanico ante el rostro y hablando a través de las lamas de marfil, dijo:

– ¡Sépanlo entonces todo!

## II

Pensó durante un instante, luego comenzó:

– Habrán ustedes comprobado que ninguna flor de nuestros jardines exhala siempre el mismo perfume. De la más ardiente de las rosas, del más fragante de los claveles, si se les respira al amanecer, apenas emana un muy leve, muy fresco olor, como aletargado por el aire matinal y lavado de rocío. Pero, si el violento sol se ha ensañado sobre la flor en eclosión, si la ha calentado, quemado, obligado a librar todos los misterios de su cáliz, ésta expande en la brisa un caluroso aroma del que se embriagan las mariposas y las abejas. Pues bien...

– ¿Pues bien? – preguntó la Señora de Ruremonde.

– Pues bien, yo..., – continuó la pequeña Hélène de Courtisols (estaba tan turbada, tan temblorosa, que ustedes tendrían piedad de ella, ¡se lo aseguro!) yo me parezco a esa rosa o a ese clavel que cambia de aroma. Hice más de una vez la experiencia bajo las caricias, sin embargo tan moderadas – bastante frecuentes además, – de mi marido: el beso, incluso conyugal, triunfa en mí como el sol triunfa en la flor; obliga a fragantes manifestaciones, a las intimidades más ocultas de mi persona. ¡Ah! como se pierde,

como desaparece, en el ardor extraño de un perfume siempre exaltado, el olor apenas sensible, tan ligero, tan fresco, matinal, de mi apacible pudor! Desde luego, todo me conduce a creer que el perfume, cuyo exceso me exalta y me encanta, no ofrece nada que disgustaría a los olfatos más refinados, y pienso en esas ocasiones que podría desafiar a los frascos más embalsamados. Pero, tan delicioso como sea, no es menos un obstáculo a las dulzuras del corazón que yo podría tener; y a causa de él, nunca, –¡so pena de ser señalada con el dedo!– nunca dejaré de ser abominablemente fiel al Sr. de Courtisols.

A decir verdad, las jóvenes mundanas de ese té de las cinco y la propia Señora de Ruremonde no comprendían muy bien la relación que podía existir entre el ardiente aroma y la deplorable virtud de la baronesa; de modo que la ingenua mujercita, enrojeciendo cada vez más, fue obligada a decirlo todo. ¿Y qué dijo? esto: del mismo modo que las flores, después de que el sol se oculta, están llenas todavía de la calurosa fragancia que provoca el violento mediodía, ella conservaba durante bastante tiempo el perfume que el beso hizo nacer; si hubiese estado entregada a queridas infidelidades, el barón de Courtisols, muy al corriente de la situación, y cuyas caricias eran frecuentes, no habría dejado de percatarse del engaño infligido; y, celoso por naturaleza, se habría conducido sin ningún miramiento hacia su esposa. Por desgracia, para vencer el perfume revelador, ella había usado aguas puras heladas, la más cálida hierba luisa, los más potentes almizcles. No, el perfume persistía, triunfaba, ¡encantador, pero terrible, adorable pero horroroso! Y tanto que latía en ella un joven corazón, tanto como la sangre de la juventud le corría en las venas, tanto como que ella no sería semejante a las flores marchitas que el furioso verano no sabría hacer olorosas, ella estaría condenada a la penosa observancia de la ley conyugal y no podría jamás albergar, del lánguido sueño de sus ojos casi cerrados, la esperanza de un amante arrodillado que, a veces, con una mirada rápidamente traída, acecha, por la puerta entreabierto del salón, la blancura vaga y lejana, en la habitación contigua, de la cama, de la querida cama, de la cama paradisíaca...

Las amigas de la pobre joven la compadecían de todo corazón, pues había que reconocer que era víctima de una cruel fatalidad.

Pero la Señora de Ruremonde, dijo a media voz:

–¡Bueno, bueno! Para todo hay un remedio.

Llegada la hora en la que iba a vestirse para la cena oficial, o para la escapada al cabaret, hizo subir a su cupé a la Señora de Courtisols; y en la estrechez del coche, entre los ventanucos donde ya el crepúsculo ponía estores grises vagamente diáfanos, y entre los roces de las sedas mezcladas, hablaba al oído de Hélène, entre el estremecido cuello y las vibrantes lilas del sombrero:

–La flor conserva mucho tiempo el perfume que debe al astro púrpura y oro, el perfume revelador del beso solar que fue brutal como un abrazo viril, pero no lo conserva siempre. Mucho antes del alba del día siguiente, mucho antes del frío rocío, la flor se vuelve a cubrir del apacible olor de los primeros pudores, de las inocencias a medio abrir. Pues la pálida luna, la femenina y pálida luna ha salido y derrama sobre la rosa o el clavel sus refrescantes caricias; abanicando de resplandores nocturnos el cáliz quemado, roza con tanta dulzura el recuerdo de los furiosos rayos, que apacigua, calma, tranquiliza y relaja, y la flor que la luna besa obtiene el candor reconquistado de las virginales nieves!.

En el coche casi oscuro ya, la Señora de Ruremonde todavía decía otras cosas, en voz baja, entre los estremecimientos del cuello y las pequeñas flores cosquilleantes del sombrero.

## III

¡Ah! Esa ilustre practicante, cuya fama está basada en tantas bellas aventuras y apoyada sobre una incomparable ciencia de los más sutiles arcanos, tenía razón al decir que hay remedio para todo. Ahora la pequeña baronesa Hélène de Courtisols no está ya prisionera de una virtud que amenazaba con hacer de ella una ridícula mujer. Ahora engaña a su marido como es debido; y además sin peligro alguno, sin que jamás el Sr. de Courtisols pueda averiguar el engaño, tan ligero por otro lado, infligido. ¿Cómo se obtuvo ese resultado tan venturoso? Del modo más sencillo del mundo. Para liberarse de toda preocupación, bastaba con que la Señora de Courtisols, al regreso de alguna imprudencia en algún apartamento de soltero, donde el sol tal vez penetra demasiado ardientemente por las persianas, se demore una o dos horas en el salón de la Señora. de Ruremonde, empapelado como el horizonte de las bellas noches, de azul y plata pálida, en ese salón donde la claridad de una sola lámpara derrama una relajante dulzura, igual que un frescor de luna.

### HADA SIN SABERLO

He adquirido una terrible certeza; ¿cuál? que la señorita Mésange es un hada. Durante mucho tiempo quise dudar, decir a la evidencia: «Tal vez. No. No se puede fiar uno de las apariencias. Desde luego, es tan exquisitamente fina y bonita como las Orianes que duermen en las perlas o como las Titanias que cabalgan sobre las libélulas de las fuentes, esos ligeros pegasos de gasa. Eso no prueba nada. Se puede ser delicada como las más adorables hadas sin ser necesariamente una de ellas.» Pero después de algunos días, la verdad se me ha impuesto victoriosamente. Por desgracia, tengo irrefutables pruebas de la naturaleza todopoderosa de mi amiga. ¿Quiere usted conocer esas pruebas? La otra mañana, bajo el frío sol, en el Bosque de Bolonia, con la nieve chisporroteando de escarcha; en el momento en que la señorita Mésange hubo puesto – bajando del caballo– el pie sobre el suelo invernal, hete aquí que la inmensa capa de nieve se transformó en un verde radiante, y la escarcha en millares de muguets. No se crea usted que me imaginé este extraordinario acontecimiento. Todo París, que allí se encontraba a causa de la clara mañana, les dirá que, el pasado martes, un poco antes del mediodía, cerca de la avenida de las Acacias, de repente, bajo el abrigo de las ramas sin hojas, las nieves fueron transformadas en césped y los helados granizos en florecillas. ¡Ahora bien, es cierto que las cosas no habrían sucedido de ese modo, si la señorita Mésange no fuese una hada! Otra cosa más, escuche. Pobre como soy –¡eh! por eso al menos me parezco a los nobles poetas sacerdotes del infinito y mendicantes de un céntimo, – usted comprende perfectamente que no puedo regalar ninguna joya a la que es más preciosa que si su carne estuviese hecha de pedrerías vivas. Sin embargo, el fin de semana pasado, – habiéndome resignado sin duda a asaltar a algún transeúnte nocturno, – reuní una suma que me permitió comprar en una tienda de bisutería un collar de falsas piedrecillas del Rin, insertadas en una inverosímil cadena imitando oro: pues bien, desde el momento en que mi muy querida hubo puesto en su cuello el collar, ¡éste relució magnífico y glorioso como los más hermosos diamantes reales de Brasil! y si lo hubiésemos vendido, habríamos tenido con que comprar un enorme ramo de rosas, todas las mañanas, hasta el fin de nuestro amor que durará mil años. No, les digo, ¿creen ustedes que el falso cristal se habría convertido en diamante auténtico, si la señorita Mésange no fuese un hada? Pero lo que demuestra con más rotundidad todavía la feérica omnipotencia de aquella que con los pies tan pequeños podría calzar sus guantes, es el milagro producido en mi persona: pues yo era alicaído y taciturno, al igual

que un domicilio sin ventana, y ¡desde su primer beso, mi corazón, mi cabeza, todos mis sentidos están abiertos y radiantes como ventanales por donde entran todos los rayos del sol y todos los pájaros cantores! Sin embargo, porque ella es un hada, estoy – a pesar de la alegría y el amor – preocupado sin parangón, y mi única esperanza, es que nunca, sí, que nunca, sea consciente del poder del que está dotada. «¡Vaya!, dirá alguien que se digne a leerme, he aquí un extraño motivo de inquietud! Todo lo contrario, usted debería congratularse con la idea de que ella posee – con el perfume de las rosas y el gorjeo de los nidos – el sobrenatural poder de cambiar a su antojo los seres o las cosas, y que, de este poder, ella es consciente. Evidentemente no podría usarlo para añadir gracia a su gracia, – pues, ser más deliciosa de lo que se la ve, es un prodigio que va más allá de lo imposible, – pero, al menos, siendo un hada, ella inventaría y realizaría para su mutuo amor, lujos y delicias que raramente están al alcance de la humilde humanidad; gracias a ella, usted habitaría en palacios de andesina o de mármol incesantemente batido por un mar azulado y cantarín; obtendría usted el infinito éxtasis de renacer siempre, tras mil muertes más bellas que las más bellas vidas, sobre divanes de rosas hechos de besos, que los más bellos ángeles guardianes darán en los labios dormidos de las más hermosas de entre las vírgenes; y, por fin, ¡conocería usted, en sus eternas caricias, noches que no tienen mañana!» ¡Ah!, caballero, qué mal informado está usted en lo que concierne a la naturaleza de la señorita Mésange. Ella es hada, lo creo, pero es mujer, estoy seguro. Puede verse, en su sonrisa, con todo el fervor de las ardientes ternuras, la amenaza de todas las infidelidades; y si, hermana de las Viviana y de las Melusina, ella conociese su poder, se serviría de él quizás – ¡la ladina! ¡la cruel! ¡la atroz! – para tomar seguramente las alas del pájaro<sup>1</sup> del que yo le daba el nombre, para huir de mi, y para no regresar jamás!

---

<sup>1</sup> *Mésange* en francés es el nombre dado al pájaro que en España se llama herrerillo común (*Parus caeruleus*) (N. del T.)



### **MÉSANGE<sup>2</sup> Y LAS HERRERILLAS**

He ido al mercado de los Pájaros; se encuentra en un lugar que se denomina la finca Saint-Martin; he dicho a un joven muchacho que me fue recomendado como el más formal y el más experto de entre todos los buscadores de nidos de pajarillos:

– Joven pajarero, deseo haceros ganar una suma considerable.

–La ganaré – respondió él con placer.

– Se trata de lo siguiente. Vos no ignoráis que los pequeños herrerillos regresan a nuestros climas hacia los últimos días del mes de abril.

– A veces antes.

–A veces antes, lo reconozco, y me alegro al comprobar que no me equivoco: haciendo negocios con alguien que conoce perfectamente las costumbres de esos seres alados. Así pues, los pequeños herrerillos regresan a nuestros climas los últimos días del mes de abril, a veces antes. Ahora bien, me consta que esos frívolos animalillos han obtenido y se han granjeado la peor de las reputaciones. Se suele decir que cambian con mucha facilidad de nido, tras la consumación de los noviazgos; y a menudo las hembras no regresan a dormir bajo la rama que les fue tan querida en un principio. En realidad esta ligereza de los herrerillos me sería completamente indiferente si no fuese porque están dando mal ejemplo a una joven persona que lleva el mismo nombre que ellos, y que, a causa de esta homonimia, podría verse tentada a imitarlas. Así pues, estoy dispuesto, joven pajarero, a ofreceros una suma considerable, si queréis aceptar la misión, por otro lado honorable, de acechar, desde su primer vuelo en nuestros jóvenes bosques, a todas las pequeñas herrerillas que lleguen de lejanos climas, y de hacerles observar lo que habría de inconveniente por su parte no mostrándose constantes en sus amores. Ellas, sin duda, no estarán muy conmovidas por el hecho de que su mala conducta cause en el más enamorado de los amantes una infinita desesperación; pero vos podréis convencerlas desde un punto de vista general, haciéndolas apreciar todo el merito, la virtud y el placer que consiste en dormir bajo las ramas en flor con la conciencia en paz.

El joven pajarero pareció pensar y luego preguntó:

–¿Y cuánto me ofrecéis vos a cambio de esta tarea múltiple y difícil?, pues muchos herrerillos regresan, desde la primavera, a nuestros bosques.

---

<sup>2</sup> La palabra que designa el nombre de la protagonista de esta serie de relatos, la señorita Mésange, se traduce al español, entre otras, por el nombre común del pájaro denominado “herrerillo”. (N. del T.)

Yo respondí sin vacilar:

–Un millón.

Él pensó aún un instante, y finalmente dijo:

–Aunque la cantidad sea mediocre, le prometo que intentaré ganarla. Si, aconsejaré la fidelidad a los más frívolos animalillos alados. Pero es necesario que me prometáis una cosa a su vez, si queréis verme triunfar.

–¿Lo qué? – pregunté.

–Que su herrerilla – añadió, prorrumpiendo en carcajadas – ¡no dé mal ejemplo a las mías!

### ROSA EN ALQUILER

Como me paseaba por el jardín en una clara mañana de estío, admirando la reciente eclosión, aquí, de un clavel, allá, de un jacinto, observé entre frondosos zarzales, una pequeñísima hoja que sobresalía de entre las demás hojas como si hubiese querido llamar la atención de los transeúntes; y, tras ella, muy cerca, había una rosa de té medio abierta. Pero debía haber sido el viento que, agitando la rama, había apartado esa brizna de verdor, y ya iba a alejarme, cuando percibí, en medio de la estrecha y lisa superficie, signos infinitamente menudos, muy pálidos, apenas visibles; se hubiese dicho que se trataban de unas diminutas letras que habían sido trazadas por una pata de insecto empapada de polen o de un poco del polvo de ala de mariposa. Es probable que muchas personas, en mi lugar, habrían estado algo confusas descifrando lo que había allí escrito; yo sin embargo tenía la ventaja, en esta circunstancia, de haber estudiado hacía tiempo el lenguaje, casi imperceptible al oído humano, que hablan entre sí los animalillos de los parterres, y del alfabeto que ellos usan (la brisa complaciente inclina una rama o transporta una brizna de hierba) para comunicarse de un arbusto a otro, de una mata a otra mata. No sin esfuerzo, a pesar de mi costumbre a tales lecturas, distinguí estas palabras: ROSA EN ALQUILER, *en la actualidad*. No había duda posible, ¡esa hoja estaba escrita! y el mensaje era que se deseaba un inquilino para el cáliz abierto a medias detrás de ella.

Yo no dejaba de estar pasablemente sorprendido. Pues los insectos, – aun cuando se les acuse mucha veces de torpeza e inestabilidad, – raramente abandonan las flores en las que han elegido su residencia; tenía que haber un motivo muy poderoso para que el habitante o la habitante de aquella flor se hubiese resignado a cederla. Fijando la mirada en los pétalos entreabiertos de la rosa, vi, al fondo, una cochinilla que parecía presa de la más dolorosa melancolía. De ordinario las miradas humanas difícilmente discernen un animalito de Dios devorado de preocupaciones de un animalito del buen Dios que se regocija en la existencia; pero enseguida reconocí que esa cochinilla estaba lamentándose a más no poder, y, mientras emitía suspiros que usted no habría entendido y que me partían el alma, mientras la pobre movía débilmente las alas, le dije con compasiva curiosidad:

–Señorita, ¿es usted quien quiere arrendar esta flor medio cerrada?

–Soy yo,–respondió ella– y puede decirse que no hay en todo el jardín un alojamiento tan bonito y tan confortable. ¡Véalo usted mismo! Es delicado, elegante,

frescamente adornado; un delicioso olor emana continuamente de todas partes; y está tan bien distribuido, – con pequeños rincones sedosos, por todas partes, – donde pueden vivir dos, tres o incluso cuatro. Esta rosa convendría muy bien a una pareja de mariquitas o escarabajos que tuvieran varios hijos. Observe que todavía está por abrirse, de modo que se verá claro, incluso por la noche, a causa de las estrellas, sin tener necesidad de recurrir a las luciérnagas que a menudo son muy inoportunas y hacen pagar muy caros sus servicios. Por lo que al agua se refiere, hay rocío en todos los pétalos, por la noche y por la mañana. Pero, en verdad, pienso que estoy loca, y pierdo mi tiempo hablando de este modo; este alojamiento no podría, lo veo claro, convenirle a usted; usted es uno de esos gigantes que colocan nuestras casas en sus ojales, y cuyos habitáculos de ladrillo y de hierro son grandes como montañas.

–Tampoco – repliqué yo – es para mi para quien quiero alquilar su rosa, sino que hay un insecto entre mis amigos muy descontento con su actual domicilio a causa de un abejorro que en el tulipán contigo, hace una música extrañamente ruidosa y discordante...

– ¡Vaya entonces a buscar a su amigo! – dio la cochinilla.– Siempre que sea un insecto honorable, tranquilo, de buenas costumbres; con tal que, sobre todo, no tenga ningún parecido con esas cantáridas tan bellas, siempre verdes y oro, pero que se enorgullecen de una tan malévolas fama, le cedería con gusto el lugar. ¡Además, no pido ningún alquiler! No deberá preocuparse por los alquileres de que ordinario se pagan al crepúsculo de la mañana, al mediodía, en el crepúsculo de la tarde, a media noche (¡pues nuestra vida es efímera!) y todo lo que exijo es que mantenga en perfecto estado la rosa que le alquilo. ¡Ah! hace ya tiempo que estaría fuera de aquí si no temiese dejarla sin defensa, ¡ella, que tan querida me es, presa de la rudeza del viento o del vagabundo picor de los abejorros y las abejas!

– ¡Eh! cochinilla – dije yo – ¿por que está dispuesta a abandonar un alojamiento tan agradable?

–Lamentablemente – replicó ella – porque soy el más desgraciado de los animalillos del verano; porque aquél al que adoraba, – mi bello esposo de alas rojas, – me ha sido arrancado en un ráfaga de viento, porque voy a morir si no lo encuentro pronto. ¡Ah! ¡qué dulces eran los minutos donde entre los aromas de las flores desplegadas volábamos tan cerca el uno del otro en un rayo de sol, donde, en nuestro querido domicilio perfumado, consumábamos nuestro amor con los sobresaltos entrecortados de nuestra alas! Pero qué amargo fue el minuto en que el viento se lo llevó tan lejos de mí, quizás sin retorno. ¡Qué desgracia! ¿Qué le habrá sucedido? ¿Tal vez la tempestad lo haya estampado contra alguna pared o contra un tronco de roble? Lo más horroroso sería que hubiese pedido hospitalidad a alguna de esas cochinillas sin modestia que acechan, noche y día, a los que pasan, posadas sobre el más alto pétalo de sus flores siempre abiertas. ¡Ah, señor, apresúrese a traer al inquilino que vigilará mi domicilio, a fin de que pueda emprender la búsqueda del amigo perdido!

## II

A decir verdad, – mientras me alejaba, tras hacer una promesa de difícil cumplimiento – estaba perplejo a más no poder. No conocía a ningún insecto que tuviese necesidad de una vivienda. Conocía zapateros, torniquetes, saltamontes; pero estaban alojados en tulipanes o en dragones; y en cuanto a algunos de mis amigos que estaban sin domicilio, eran notorios noctámbulos que, decentemente, no habría podido recomendar a la honesta abandonada, ya que habrían llevado una bella vida en la rosa! ¡Habrían cenado en la conyugal corola, y unas hespérides, que bailaban sin cesar,

sacudidas por una orquesta de mosquitos, habrían escandalizado con una incesante algarabía de alas, a todo el follaje de los alrededores! No, no sabía que hacer para mantener la mentira que habían imaginado mi compasión y mi curiosidad, cuando, de entre el musgo, en donde se erguía del suelo el tallo altivo de un lis, vi a un animal del buen Dios que estaba realmente en un muy patético estado. ¡Un ala rota, se arrastraba, la desgraciada! Todo lo que pude adivinar entre las plantas, – cuando la hube depositado en el reverso de mi mano, – fue que había sido sorprendido en el lis por un muy irascible rival, en el momento en el que palpitaba sobre otro animalito de muy altiva raza; y, golpeada, mordida, desgarrada, la habían echado, – sin darle la opción del vuelo.- fuera de la real flor. Y ahora era un pobre pequeño ser que iba a morir. Pues bien, era precisamente el inquilino que me hacía falta. Iba a cumplir dos buenas acciones al mismo tiempo: la herida, – o más bien el herido, pues era un macho, este animal de Dios, – tendría un cobijo donde reconfortarse, y la triste esposa podría ir en la búsqueda del esposo desaparecido. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba de sospechar la dramática escena que humedece de lágrimas mis ojos! Apenas regresado junto a la rosa a alquilar, dejé deslizar entre los pétalos al insecto en tal mal estado, cuando la cochinilla se precipito sobre él, y besó sus pequeñas alas estremecidas. ¡Lo reconocía! ¡Perdonaba al querido infiel! ¡Por desgracia, su alegría y la mía duraron poco! El esposo estaba muerto sin saber que ella estaba allí, viva y amante, como se extinguió Romeo ante del sueño de Julieta! y la inconsolable viuda expiró de tristeza sobre el bonito cadáver rosa. Yo miraba, lleno de melancolía, a su esposo difunto. Pensaba en versos que serían su tierno epitafio. Luego pasó una brisa, llevando, entre las hojas y las espinas, a lo lejos, sus restos mezclados...

### III

Ahora la rosa de té está vacía. Aún puede leerse sobre la hoja escrita: ROSA A ALQUILAR, *en la actualidad*. Pero ningún inquilino se ofrece, y hay silencio y sombra, incluso en pleno día, en torno a la solitaria flor. Las mariposas pasan de largo, las abejas no se detienen a picotear, pues se cuenta que los fantasmas de los amantes fallecidos revolotean invisibles sobre el desierto cáliz, reuniéndose las noches sin luna. Nadie quiere vivir en la rosa fantasmal.

### LA BUENA EXCUSA

¡Que las bellas jóvenes, lectoras de estas líneas tan serias, no se ofusquen de entrada contra la aparente impertinencia de las palabras que voy a escribir! Pero, como el tiempo de pasar una borla sobre una mejilla desmaquillada, que se dignen a concederme una benévola atención; pues, bien lejos de querer, lo juro, ofender aquí su natural pudor, tengo por único objetivo – a pesar de aparentar lo contrario – proporcionar una muy válida justificación a algunas infracciones en las que ellas ponen en tela de juicio tan frecuentemente, tan involuntariamente también, la perfecta virtud, que es, como se sabe, su misma esencia. Sin duda no podré negarlo: las más ingeniosas señoritas y las más decentes damas se comportan en repetidas ocasiones, éstas, como si no fuesen decentes del todo, y aquellas, como las menos ingenuas del mundo; por no precisar más que un caso, la experiencia demuestra que las celosas faldas, – quiero decir con faldas, los faldones de seda blanca o de blanca muselina, y las camisas de gasa, más diáfanas que el aire, y los pantalones, más transparentes todavía, – mantienen mucho menos sólidamente los diversos encantos que ellas tapan, que la túnica de Nessus sobre los hombros de Heracles ( al respecto, algunos insinuaron que si Deianeira no usó ella misma esa túnica, fue tal vez por que no se la podía quitar) y está fuera de toda duda que, desde el mes de junio, se ven, entre las ramas, dispersarse con las brumas matinales, muchas ligeras ropas interiores femeninas mal sujetas por complacientes resistencias; de igual modo que en cualquier estación se pueden contemplar, en la penumbra de los salones o de las mejores alcobas, tantas pálidas telas caídas que renunciaron a ser obstáculos. Sí, eso es cierto, las jóvenes mujeres – las maduras también, por desgracia – parecen tener, incluso a las horas en las que no se duermen, una extraña propensión a desnudarse por amantes solícitos; se diría, en verdad, que ¡no se visten más que para desvestirse! y, una vez dicho esto, las personas malintencionadas o poco al corriente de las situaciones no dejan de extraer consecuencia odiosas para la fama de las más irreprochables personas; hasta se llega a suponer que, si ellas dejan caer o echar a volar, demasiado aprisa las íntimas prendas, es porque experimentan algún placer en ser abrazadas desnudas por brazos apasionados. ¡Oh! ¿Por quién las toma usted? Para nosotros, los hombres, seres groseros, ¡es bueno frecuentar el tacto estremecedor de la carne bajo la carne!, pero ellas están muy alejadas de sucumbir a tales deseos; y si, a veces, se muestran tan desprovistas de modesta envoltura como un lis sin hojas o una tórtola sin plumas, es que, víctimas de una ley fatal, no pueden actuar

de otro modo. ¿Qué ley? ¿e impuesta por quién? Yo se lo diré para restablecer el honor de tantas jóvenes mujeres injustamente sospechosas de lujuriosas condescendencias.

En tiempos muy remotos, la nieve no caía solamente durante los fríos días de invierno. Cuando era primavera, o verano, o otoño, se extendía sobre las cumbres, los busques, los jardines e incluso bajo el ardiente sol no se fundía, confundida con las con las cidronelas de los senderos y con los jazmines de los parterres. Radiantes de tanta nieve y de tan níveos cálices, que eran para ellas como espejos, las palomas volaban sobre este candor gemelo, y del mismo modo que la nieve no se fundía, las blancas flores nunca cesaban de florecer, ni de planear los blancos pájaros. De modo que por todas partes, para desprecio de ojos y dedos, había por doquier una exquisita blancura: se tomaba por una ala una tela ondeante; quien pensaba recoger flores de lis, hacia un ramo de copos. ¡Pensad que bonita era la tierra en esa época y cuantos amantes poetas hubiesen estado felices de encontrar sobre todas las planicies, en todas las ramas, la semejanza de la frente de sus enamoradas! Parecía que el pudor de las primeras Evas se hubiese desplegado por todo el mundo; donde se ponían los labios, se besaba la albina luminiscencia de un seno virgen. Pero el hombre se cansa de los más encantadores espectáculos, de las más adorables delicias. Muy pronto, los que vivían en esa antigua época, dejaron de experimentar placer en el pálido esplendor siempre igual a sí mismo; por la visión de una sola gavanja un poco rosada, habrían dado toda la nieve, todas las flores de lis, todas las palomas, y decidieron dar a conocer su tedio y plantear sus quejas a Aquel que había establecido y que mantenía la universal blancura. Ahora bien, en esos lejanos días, tan cercanos a la primera hora, el Señor Dios, al que aún no habían importunado tantos obsesivos ruegos y votos hipócritas, se sentía muy inclinado a atender las súplicas; acogió con gesto animoso la embajada humana, y, porque sabe todas las cosas, se percató, desde las primeras palabras, de lo que se trataba.

– Si os entiendo bien, – dijo – ¿queréis que la nieve se funda apenas caiga?

– Sí, Señor, a fin de ver la hierba verde de los campos.

– ¿Y que los jazmines, los lis, las cidronelas, apenas florecidas, se marchiten?

– Sí, Señor, a fin de recoger, en su lugar, malvas, botones de oro y amapolas.

– ¿Y que las palomas, apenas posadas, levanten el vuelo?

– Sí, Señor, a fin de admirar, en su lugar, arrendajos, abubillas, pájaros del paraíso.

– Pues bien – dijo la divina Complacencia – será como deseáis; volved a la esfera que yo os he dado: a partir de ahora las blancuras no permanecerán más que un instante allí donde tenían por costumbre permanecer siempre.

Lo que un Dios promete se cumple sin demora. ¡La superficie terrestre apareció salpicada de todos los colores a los encantados ojos de los hombres! Si nevaba, los copos rápidamente desvanecidos se dejaban calentar al sol esmeralda; si unos lis se abrían, o lo hacían unos jazmines, enseguida se marchitaban, siendo sustituidos por amapolas o sangrantes rosas; cuando aquí o allá se posaba una paloma, huía tras dos aleteos ante el brillante vuelo de mil pájaros con alas de pedrerías. Naturalmente, fueron sobre todo las jóvenes mujeres las que más se extasiaron con tantas brillantes diversidades. Pero no tardaron en percatarse de que esos cambios no se producían sin algún perjuicio para la honrada fama que, ya, en esos tempos antiguos, habían sabido adquirir; pues el Señor Dios, de quien el universal pensamiento no sabría inquietarse por detalles nimios, había dicho:

– Las blancuras no permanecerán más que un instante...

Y hete aquí que, apenas abrochadas, desaparecían, – como los copos, y las blancas flores, y las blancas alas, – las faldas de seda blanca o de blanca muselina y las camisas de gasa más diáfanas que el aire y los pantalones más transparentes todavía.

Supondría pues una flagrante injusticia hacer a las damas y a las señoritas responsables de la precipitación a veces extraña con la que, por el rapto de nuestros ojos y el éxtasis de nuestros labios, dispersan sus más íntimas vestimentas. Merecen compasión en lugar de censura. Les cuesta no tener esos velos y les gustaría tenerlos herméticamente cerrados, pero ¡que le vamos a hacer!, hay que obedecer una ley de la Providencia. ¡Oh! con que dolorosa resignación se desnudan, porque un Dios lo ha querido; y es su turbadora desesperación pensar que tal necesidad, – que tan penosa les resulta – se perpetuó tanto como que la nieve se funda apenas caída, y que apenas abiertos se marchiten los lis, y que las palomas, apenas posadas, levanten el vuelo.



### **LAS HOJAS VENGADAS**

Puesto que ahora la viña por fin vuelve a florecer y decora las laderas de Borgoña y Guyenne con bella abundancia de racimos, está permitido contar cual fue la verdadera causa del mal del que tanto tiempo fue víctima la augusta planta a quién el hombre debe la risa y el renovado vigor de los besos. Antes, tal tema de conversación no habría hecho más que ensombrecer las almas, por que haría pensar en cepas desraizadas, en barriles sin uso, en vasos enrojecidos con líquidos extraños inventados por la lucrativa mediocridad de los químicos. Pero hete aquí que tras los festines en los que se vierte la verdadera sangre de las uvas, ya podemos golpear la tierra con pies libres. ¡Es al aire libre, en las llanuras, sobre las pendientes, – y no en turbias oficinas, – donde se acaban las vendimias rojas o doradas! ¡El tirso de Baco ya no se codea con el bastón del Sr. Fleurant! y de ese modo tenemos la borrachera, sin intoxicación. Así pues, sabed, que la viña está curada, porque estuvo enferma. ¡Ah! ¡Cuántos sabios perdieron el tiempo en sutiles y absurdas hipótesis! Sabed también como la viña fue salvada por la adorable clemencia de las mujeres. ¿Por la clemencia de las mujeres? Con toda seguridad. ¡Eh! ¿de quién nos habría podido venir semejante bien sino de aquellas que dispensan las únicas dulzuras en las que se encuentra la fuerza de soportar la vida y de odiar la muerte?

#### **I**

Las personas que están un poco al corriente de las leyes que rigen el universo, no ignoran que la responsabilidad de velar por el mundo vegetal – follajes, flores y frutos de miel – la labor de mantenimiento del buen orden, así como la equitativa proporción en la distribución de los esfuerzos y salarios, fue confiada por la inicial Providencia a un serafín que más de una vez los poetas encontraron en los campos o en los vergeles, vestido de azul y de verde, o bien vestido de nieve y de rosas, al igual que un manzano normando. Ahora bien, un día, ese serafín – muchos años han pasado desde esa jornada – experimentó, al posar el extremo del dedo gordo del pie sobre la hierba primaveral, la más desagradable sorpresa que uno pueda imaginar. A derecha y a izquierda, delante y detrás de él, de uno a otro lado del horizonte, las flores estaban tristes, ¡y las hojas mucho más! Jamás había visto semejante melancolía entre las plantas sometidas a su imperio. Las rosas colgaban, semejantes a labios muertos. Las malvas parecían ojos

ciegos. Los espinos blancos estaban en duelo, como las vírgenes de los países en los que el luto se viste de blanco. Y las follajes – desde los más altos robles a los más achaparrados arbustos – torcidos, contraídos, a veces erizados, mostraban una desesperación donde se añadía una cierta cólera. ¡Desgraciadamente, un horroroso abril traería este año la tierra! ¿y qué pensarían los enamorados, a partir de ahora, cuando experimentasen, con las manos unidas, la misteriosa hostilidad o desdén de los senderos? Mientras tanto, el serafín, tan perplejo como era de esperar, se preguntaba que acontecimiento había cambiado de ese modo la natural amabilidad de los cálices y los follajes:

–Sabed la verdad, celeste Alteza – susurró la hojita espinosa de una gavanza.

Ésta acababa de ser elegida por unanimidad, por las frondosidades aledañas, para formular las quejas comunes, a causa del aspecto atrevido que tenía y de su propensión a los impertinentes pinchazos.

–¿Qué es lo que sucede? – dijo el ángel – ¡habla!

Ella replicó:

–No podemos tolerar por más tiempo, nosotras y las demás hojas, – hojas de rosal y hojas de olmo, pequeñas hojas en las que se dobla el cuello de las margaritas o amplias hojas de plátano, entre las que se mece el nido de los grandes pájaros, – la injusticia de la que somos víctimas; y, puesto que las flores, como era natural, han tomado partido por nosotras, las primaveras conservarán los aires huraños del arisco invierno hasta que no se haya dado satisfacción a nuestros justos resentimientos.

–¿Y de que os quejáis, hojas de los senderos, de los parterres y de los bosques?

– Entiéndelo – continuó ella—Desde luego nosotras tenemos especiales privilegios. Varias de entre nosotras se balancean en la inmensidad de los claros azules, y a veces caen sobre ellas plumas de cisnes que pasan. ¡Otras conocen esa delicia de rodear a la maravillosa rosa! Otras, más humildes, saben cuán dulce es ser rozadas por el menudo trote de los pulgones dorados y de todas las pequeñas cochinillas. Otras – cogidas con los claveles o las camelias – se extasían en los bailes entre los divinos senos de las mujeres. Pero esos placeres, esos orgullos, son a costa de la incomparable alegría y gloria que fueron concedidas a una de nuestras hermanas convertida finalmente en una detestada rival.

–¿Y quién es esa hermana tan odiada? – preguntó el serafín.

–¡La hoja de parra!– exclamó, en un remolino de brisa, la hoja de la gavanza. ¡Ah! ¡ah! porque nosotras estamos lejos en los bosques o en los jardines, pensabas que no sabríamos nunca la parcialidad criminal de la que hiciste prueba, tú, el amo de nuestros destinos, con respecto de esa gran cosa, de esa desvergonzada, que se frota con los racimos, – ¡de esa borracha! Pero hemos escuchado lo que murmuran bajo las sombras los poetas lectores de odas y elegías, nosotras hemos entendido los propósitos de los enamorados venidos de las ciudades los domingos de verano, y no ignoramos cual es la función de la que tu más te enorgulleces de nuestra hermana de los viñedos. El gran placer, más que estar inclinada en el azul de los vastos cielos y de recibir la limosna de nieve alada que deja caer un cisne, o envolver a la exquisita rosa, o que los insectos roedores nos hagan cosquillas, incluso la deliciosa muerte sobre el pecho de una dama en un baile, no podría ser, para una hoja prendada del ideal, la suprema alegría. ¡El perfecto encanto, el inefable triunfo, están reservados a la hoja de parra! Es ella quien vela lo más íntimo, lo más sagrado, el más esencial tesoro de la belleza femenina; es ella quien toca, quien conserva para sí – bajo su hinchada redondez – ¡el estremecimiento rosado y frondoso de los más lejanos pudores! ella es el obstáculo encantador, el adorable rechazo, ¡el símbolo de la virginidad cerrada! e incluso agujereada, desgarrada,

no importa, ella no es menos digna de envidia, puesto que ¡aparece como el margen verde de la augusta herida nupcial!

La portavoz tomó aliento en un soplido que pasaba, enfurecido también; luego, un poco altiva, dijo:

–Nosotras, las hojas de las hayas, de los linderos y de los prados, de acuerdo sobre este punto con todas las flores, estamos decididas a mantener, de un extremo a otro de la tierra, taciturnas actitudes de las que se entristecerán las primaveras y los veranos, en tanto no sea retirado a la hoja de parra, el exquisito privilegio que nos es negado, en tanto que no haya expiado, por una privación proporcional a su injusto triunfo, la gloria y la felicidad con la que nos humilla.

## II

El serafín, ante tal ultimatum, no le quedó más remedio que ceder. ¿Podía privar él a los abriles y a los julios del vivo estremecimiento de la vegetación y de la sonrisa de las flores? Sacrificó a la hoja de parra, y, en consecuencia, a las propias viñas. Una terrible plaga, – de la que los sabios no lograron descubrir el origen, – se abatió sobre la augusta planta, a quién el hombre debe la risa y el renovado vigor del beso. Ese fue, todavía se recuerda, un tiempo de dolorosas pruebas. Todavía había vino, aunque ya no hubiese racimos. Cualquiera que bebiese otra cosa que no fuese el agua de las fuentes se exponía a un rápido tránsito; no era raro encontrar por los caminos personas que tenían rendido el espíritu, porque habían tenido sed. Por fortuna, el dios Amor pronto comprobó lo que había de enojoso en tal estado de cosas; ¡se amaba poco desde que la verdadera sangre de las uvas no calentaba ya los corazones ni los cerebros! la acogida de las tiernas retiradas a los bosques, y el olor del profundo follaje, y las fragancias turbadoras de los cálices no eran una compensación suficiente a la energía desmayada de los sinceros vinos consejeros de caricias y de delicadas trasgresiones. El dios Amor – tras haber conferenciado con el serafín encargado de los senderos y los parterres – ideó enseguida un medio de remediar el mal. ¿Qué era en realidad la hoja de parra? el símbolo de la modestia femenina – una imagen de la estricta virtud. Se dirigió pues a las jóvenes mujeres, nuestras enamoradas; les hizo entender que si ellas se dignaban a renunciar a las blusas demasiado altas, a las faldas demasiado largas, y a tantos otros vanos pudores, las hojas no tendrían a partir de ese momento, ninguna razón para envidiar a la hoja de parra, que no sería más que una metáfora inocente y anticuada. ¡Ah! ¡cielos! cuanto costó a nuestras amigas resignarse a tal olvido de sus pudores naturales. ¡Pero era necesario venir a socorrer a la humanidad sedienta de uvas sangrantes! Ellas consintieron – porque son tan buenas – en dejar ver en las fiestas toda la blancura de los hombros y del seno; ellas consintieron, en deliciosas intimidades, a base de menos velos. Entonces – puesto que la hoja antes envidiada y celosa no era más que una hoja como las demás – la vegetación de los senderos y de los bosques permitieron que la viña floreciese por fin decorada de una bella abundancia de racimos en las laderas de Borgoña y de Guyennes; y tu bebes buenos vinos, compañero, porque tu amante, la pasada noche, con una rodilla al borde de la cama, ha dejado caer completamente, con una pequeña sacudida, la huidiza camisa, haciéndola deslizar por la pantorrilla, reteniendo un instante la redondez del talón.

### **LAS ESTRELLAS PERDIDAS**

Mientras buscaba la quinta rima femenina de un rondel:

–Señor, – me dijo mi mayordomo – ahí hay dos ángeles que desean hablar con el señor.

Yo pregunté:

–¿Le han entregado sus tarjetas de presentación?

–Aquí están.

Sobre una leí: Helial, sobre la otra: Jafiel.

Dos ángeles, en efecto.

–Hágalos entrar – dije.

No fue sin placer como recibí a esos visitantes de rango. Estaban vestidos con grandes alas hechas cada una de siete plumas que formaban, bajo un plumón de bruma matinal, los siete colores del arco iris; lo que se veía de sus cuerpos parecía nieve diáfana, un poco rosada. Con un gesto les rogué que se sentaran y me informé, con cortesía, del motivo que me concedía el honor de haberlos conocido.

–Seremos breves – dijo Helial. – Hace dieciseis años, en una hermosa noche de julio, Jafiel y yo jugábamos al billar en el tapete verde del cielo.

–¡Perdón! – objeté, – yo pensaba que el cielo era azul.

–Es azul en algunas partes de su inmensidad; pero en otras, particularmente en las que se encuentran sobre las ciudades y los campos de Persia, es de un verde muy agradable a la vista.

No repliqué. Helial continuó:

–Ahora bien, teníamos por bolas unas estrellas, las más bellas que hubiésemos podido encontrar...

–¿Y por tacos? – interrumpí yo.

– Unas cometas, naturalmente. El juego nos interesaba intenso; yo estaba a punto de ganar, cuando, de un golpe demasiado violento, hice saltar dos bolas más allá de la banda.

–¿Más allá de la banda?

–Sí, del horizonte. ¡Fue un gran desastre! pues dos estrellas de menos en el cielo, es todo un asunto. Nos fue indicado por Aquel que permanece eternamente sentado sobre un trono de nubes y de rayos, que no volveríamos a ser admitidos a escuchar los conciertos paradisíacos, en tanto no hubiésemos recobrado y puesto en su lugar los

astros perdidos. No podemos decir que no hayamos hecho el camino, después de dieciséis años, sobre la tierra donde, según toda apariencia, han caído las dos estrellas. Pero todas nuestras búsquedas, por desgracia, han sido en vano. Íbamos a resignarnos al eterno exilio cuando oímos hablar de los ojos incomparables de una joven que es vuestra amiga, si se creen los rumores que circulan. Todo parece indicar que ella tiene, en lugar de humanas pupilas, las celestes luces que nosotros buscamos; y esperamos que ella quieran devolvérselas.

¡Me sentí extrañamente perplejo! La sola idea de que se pudiesen tomar los ojos de mi muy querida amiga me causaba una horrorosa inquietud. Sin embargo, ¿cuál era el medio de no ayudar a dos ángeles proscritos a recobrar su divina patria? Entonces hice llamar a la señorita Mésange y le expliqué en pocas palabras la cuestión. No pareció sorprendida, ni turbada; tras haber reflexionado durante algunos segundos, se volvió hacia los visitantes, luego, levantando tanto como pudo sus párpados, dijo:

–Mirad, bellos ángeles, y decid si reconocéis vuestras estrellas.

Ellos se acercaron. Observaban con la mayor atención las claras pupilas de Mésange. Por instantes hablaban entre ellos en voz baja, como jueces que se comunican sus opiniones. Por fin Helial dijo:

– No, esas no son las claridades hace dieciséis años desaparecidas. Las nuestras, aunque fuesen las más admirables de la noche de julio, no eran tan doradas ni tan radiantes.

Allí mismo, se retiraron, con aspecto apenado; yo los compadecí con todo mi corazón, aunque muy contento de que no hubiesen tomado los ojos de mi amiga. ¿Y Mésange?. Se partía de risa.

–¿Los he engañado bien? – dijo.– Desde luego, mi madre me ha contado cien veces que, poco después de mi nacimiento, dos astros entraron por la ventana abierta cayendo entre mis pequeños párpados. Pero, mientras los ángeles me observaban, yo pensaba en el momento en que, por primera vez, tú, amor mío, me besaste los labios, y yo estaba completamente segura de que bastaría el recuerdo de esa delicia para que mis ojos, astros antaño, ¡fuesen más divinamente luminosos que las más bellas estrellas del cielo!

## EL CORAZÓN EN LA CABEZA

Una vez, Zo dijo a Lo:

– Desde luego, pequeña Lo, amiga mía, teñirse no tiene nada de criticable: no podría querer a una persona que, no gustándome el rubio demasiado pálido o el indeciso castaño de sus cabellos, no los dorase con un poco de henna o los oscureciese mediante alguna otra mixtura hasta obtener las esplendoras sombras del ébano. Pero tú abusas de un modo singular del derecho que tenemos a avivar, por medio de artificios químicos, la natural fealdad de nuestras melenas, y ni tus rizos cerca de la oreja, ni los otros más bonitos de tu nuca, jamás duran tres días seguidos con el mismo color.

–¡Ah!, pequeña Zo – dijo Lo – ¡no me reproches esta frecuente diversidad! Te aseguro que los motivos se deben al sentimiento más loable del mundo.

–Tengo curiosidad en saber de que se trata.

–¡Tu curiosidad será satisfecha! Escucha bien. Cuando estoy prendada de alguien, y eso, no puedo negarlo, ocurre muy a menudo...

–¡Sí, muy a menudo!

–... No tengo mayor afán que obedecer en todos los aspectos a la persona amada; incluso me esfuerzo, en una cariñosa intención de adulación, en parecerme a él tanto como me sea posible.

–Comienzo a comprender, – dijo Zo – Si tu eras casi morena el mes pasado...

– Era porque al que amaba entonces, era casi moreno. Ludovic me gustaba, tú lo saben bien.

–Sí, cuatro días más tarde, tenías el cabello negro de una gitana...

–Fue porque él tenía los cabellos negros. Tú no habías podido defenderme de algunos arrebatos hacia un torero con coleta del color de la tinta.

–Sí, la semana siguiente, eras rubia de un rubio casi plateado...

–Es porque él era rubio, apenas. Un joven poeta austriaco me había ofrecido, en un violetero de nácar incrustado de zafiros, un pequeño ramillete de flores de medianoche.

–Si a continuación mostraste una melena dorada como los verdes trigales...

–Es porque él tenía en el flequillo y en las sientes unas matas suavemente luminosas como un sol invernal. No todos los húngaros tienen el cabello oscuro, y yo sé de uno, tan blanco y tan sonrosado, que parece tener la cabeza cubierta con un casco de oro diáfano.

Zo meditó un instante.

–¡Excelente! – dijo – Reconozco tu sutil delicadeza, y no puedo más que alabar la diligencia con la que los cambios de tu melena siguen los de tu corazón. Pero, conociendo, al menos lo supongo, todos aquellos contra los que no te armas de un invulnerable rigor, no me explico por qué, desde ayer, luces esos cabellos ardientes, poco comunes en cabezas viriles, ¡esos cabellos semejantes a un incendio de maíces y margaritas!

Lo se echó a reír.

–¡Eh!, tontita, –dijo – ¡es porque ella es pelirroja!

## EL AMOR Y LA MUERTE

¿Señora, os acordáis? Ocurrió junto a una cama que la muerte había hecho augusta; y el cadáver, – pues el tránsito confiere a los pálidos rostros el sereno y perfecto esplendor del cual solo mostrarían el esbozo estando vivos, y durante algunas horas les concede el pletórico ideal de si mismos, – yacía sobre las sábanas blancas, cubiertas de flores. Vos llorabais, vencida finalmente por las largas angustias nocturnas al lado de la cabecera. Vos habíais sabido comportaros igualmente en los más dolorosos deberes, como en las más repugnantes tareas; ahora, a pesar de sus caricias, a pesar de sus oraciones, a pesar de su empeño en hacer vivir a aquel que fue vuestro esposo, él había entregado el alma y reposaba en la eterna calma. Destrozada, enervada, rota, conservando todavía en el oído el postrer suspiro que salió de sus labios, ¡llorabais! Esas lágrimas, eran como la lluvia donde se desahoga la ansiosa pesadez de un cielo tormentoso.

Yo entré. Había sido el amigo de aquel que ya no existía. Habíamos estado juntos en el mismo Instituto, habíamos pasado la infancia juntos; más tarde, nuestras juventudes habían sido tiernamente fraternales. ¡Qué bueno era y cómo lo quería! Yo debía hacer esta última visita y besar los dedos fríos de mi querido compañero. Entré, – con los ojos anegados en lágrimas, ¡oh! sí, de sinceras lágrimas, – con paso tan sordo, que vos al principio no lo oísteis. Había en la habitación un silencio que reclamaba no ser turbado; y entonces vi al difunto; ¡estaba tan apacible y era tan apuesto!; me incliné hacia él para decir adiós a su labio mudo.

Luego, a través de los llantos, en la solemnidad del momento y del lugar, completamente invadido por la grandiosa tristeza de la nada vecina, os miré.

¡Qué hermosa estabáis! apoyada en la mesa donde unos frascos de medicinas se mezclaban con los restos de coronas funerarias, con la sien en el hueco de la mano, y el mentón, tan pálidamente sonrosado con un hoyuelo, inclinada hacia la abertura de vuestro vestido, en donde destacaban unos senos palpitanes; completamente sumida en la desesperación abandonada de vuestros cabellos despeinados. Desde luego, yo sabía desde hacía tiempo el encanto triunfal de vuestra simpatía y de vuestro resplendor. Mundana, yo os había visto en las fiestas, mostrando la desnudez de los brazos y de los hombros, iluminando de diamantes vuestra pelirroja melena. Unas veces también, por la noche, cerca del fuego, después del whist, os había admirado de cerca, en la elegante intimidad de vuestras batas, mientras vuestro marido, con los pies sobre el escaque,



contaba alguna historia, con el rostro alegre de estar allí, cerca de él, como la cordial esposa y la franca compañera. ¡Esas buenas y largas veladas! y como, con amable malicia, vos os burlabais de mi rápida partida, antes de medianoche. «¿Sin duda iba a cenar con la Señorita Pervenche, o con la señorita Constance Chaput, de las Novedades Parisinas?» Y vos me brindabáis una risa encantadora, donde reían los claros dientes. Pero, nunca, – ni en los bailes, ni en las familiares visitas vespertinas, – me habíais parecido tan hermosa como los estabais en ese momento, llorando y pálida de angustia, cerca de la cama donde dormía el querido difunto. Se hubiese dicho que en el dolor erais más adorable y más extrañamente tentadora, como una desnudez dentro de la gasa negra.

Me incliné hacia vos.

«¡Pobre, pobre amiga!», os dije.

Y, levantando la frente, me rodeasteis el cuello con los brazos. ¡Ah! los demás, todos aquellos que habían venido, todos lo que iban a venir, las personas que tendrían en los labios banales palabras de consuelo, os eran indiferentes. Yo, yo había amado a aquel que pronto se enterraría, yo había sido su amigo, casi su hermano; eso os aceleraba el llanto, cerca de mi corazón, con sollozos que hacían vibrar vuestro pecho sobre mi pecho; vos me contasteis, entre estertores, vuestros tormentos durante su enfermedad, y las palabras que él había proferido, su dolora agonía, sus intentos buscando donde aferrarse, y su alma yéndose, por desgracia. Que jamás os sería imposible olvidarlo. Que todo vuestro ser le había pertenecido de un modo absoluto, que le perteneceríais aún por completo, y lo que os parecería absurdo, sería no dormir al día siguiente en su tumba, como dormíais antes en su cama. Algunas veces os apartabais de mi para mirarlo, para mostrármelo sobre la pálida almohada, para hacerme notar lo tranquilo que estaba y que guapo era, y tan joven.: «¿No os parece que duerme, que va a despertarse, que nos va a hablar?» Luego, en el violento exceso de la desesperación, caísteis sobre mi, estrechándome las manos entre vuestras manos húmedas, rozándome con vuestra carne la mejilla, arrojándome en los cabellos vuestro cálido y jadeante aliento.

¡Oh, podemos ofrecernos el uno al otro este testimonio, señora! ya que, en vida de él, nunca hubo un solo culpable pensamiento de mi hacia vos, ni de vos hacia mi. Vos erais la perfecta esposa parisina, ocupada en sus tareas, de sus hijos y de sus fiestas; que no salía más que para dar limosnas en las buhardillas de los barrios pobres, o para probarse los vestidos en casa del ilustre costurero; erais irreprochable, sí; y el único ser que os alejaba un instante de las frivolidades mundanas, de los deberes caritativos, y de las maternales ternuras, era él, vuestro querido marido, querido como un amante, el marido adorado, para quién vos guardabais el paraíso de vuestro corazón y de vuestros labios, prohibido a cualquier otro. Del mismo modo que yo jamás había ofendido vuestra tierna virtud con un deseo, jamás vos habíais tratado de turbar la honesta dulzura de mi amistad con alguna coquetería; y no dábamos francos apretones de manos, como unos compañeros.

Pero allí, en la habitación fúnebre, cerca del difunto inerte, – aterida de dolor, enloquecida de la necesidad de un abrazo consolador, – vos me abrazasteis, me hablasteis cerca de la boca, y mientras vuestro senos desnudos se aplastaban contra los botones de mi traje, el ascendente olor de vuestra femineidad, activada en la desesperación, me entraba por las narices en todo mi ser, mientras que, lleno de debilidad a causa del amigo muerto, yo resistía mal la invasión de un infame deseo, vos, ¡oh, sollozante viuda!, vos me estrechabais con más fuerza, y el arrebató de vuestra dolorosa rabia me daba unos mordiscos en los cabellos que acababan en besos.

¿Qué pacto pues, antaño, al comienzo de la Vida, fue concluido entre los dos eternos reyes de la creación? ¡Ah! ¡monstruoso y delicioso himeneo de la cama y de la tumba! ¿Qué indestructible lazo une uno al otro, que os obliga a una espantosa fraternidad, a ti, el Amor, y a ti, la Muerte? Se atraen el uno al otro, aquel por quien todo existe, este por el que todo cesa. ¿No tenéis horror, tú, de ella, tú, de él? ¿Podéis juntaros, gozar en una espantosa floración de delicias, ella de rosas y él de asfódelos? ¿El olor que sale de los sepulcros despierta irresistiblemente la codicia del perfume que emana de las partos? ¡Ah! eso es verdad. El gesto de las cabezas de muerto invita a los apasionados rictus, los inmóviles labios aconsejan el estremecimiento del beso. La frialdad de los cadáveres ordena el cercano calor de los cuerpos mezclados. La nada quiere que se ame. ¡No, no es vano el cuento de la historia – exquisita y siniestra – de la matrona de Éfeso! Las lágrimas de las más fieles viudas quieren ser secadas por soplos apasionados; las más adorables cortinas de alcoba, aquellas por donde descienden los más acariciadores misterios y por donde sube el éxtasis de los más tiernos apasionados, ¡están hechos con mortajas rotas y melladas por la lenta mordedura sin dientes de la polilla y del gusano de tierra!

Sin embargo vos, señora, vos me abrazasteis sin descanso en vuestra irresistible desesperación; tan cerca de la siniestra cama, me llegaba, bajo la aspiración de mi deseo, la exhalación embriagadora de todo vuestro cuerpo ofrecido; ¡y vuestra boca tomó mi boca! llenándola de una fiebre húmeda que era como un licor de brasas; e íbamos a caer, a rodar, infernales y divinos, sobre las sabanas blancas cubiertas de flores.

Pero se produjo un ruido en la habitación contigua. Nos separamos muy rápido. Entraron unos visitantes con aire compadecido, condolientes, con banales palabras, y vos apenas les respondisteis, con la voz entrecortada, llorando, sincera viuda inconsolable...

Desde ese día, muchos días han pasado, y meses, y años. Consolada – pues se olvidan los más queridos exiliados – de la irreparable pérdida que a punto estuvo de llevaros a la tumba cerca de vuestro adorado esposo, volvisteis de nuevo a los deberes y a los placeres; ninguna parisina es más bella y más admirada que vos en las fiestas donde mostráis la desnudez de los brazos y los hombros; incluso, las personas que cuchichean en los rincones, afirman que no dejáis de experimentar una muy intensa ternura hacia el Sr. de Puyroche; que habéis dejado de ignorar el camino al apartamento de soltero que éste ha amueblado expresamente para vos con exquisitos muebles y raras telas. En fin, que vos sois la más sonriente y la más feliz de las mundanas. En cuanto a mi, sigo siendo vuestro amigo, como lo era antes de la muerte de aquel al que lloramos con amable familiaridad, muy cordial y muy sencilla. Cuando voy a partir, vuestra mano nunca se demora en la mía, nunca mi mano piensa en retener la vuestra. Ningún pensamiento, ni en vos ni en mi, de un retorno hacia aquella extraña hora, y, sin embargo, – indiferente hacia mí y enamorada de otro, – vos sabéis bien, señora, sí, vos sabéis bien que un día (sin traicionar completamente, por desgracia, al querido difunto) ¡os entregasteis y fuisteis poseída más apasionadamente que en ningún otro abrazo a causa de la Muerte!

### **LA INUTILIDAD DEL EJEMPLO**

En la época en la que todavía era tan infantil que apenas tenía la edad de una vieja paloma torcaz, me puse en camino hacia el futuro en compañía de un joven caballero magníficamente vestido, al que no conocía bien, pero que no era otro, como lo supe más tarde, que el rey Eros, hijo de Kypris.

Vimos un triste personaje, parecido a un vagabundo o a un malhechor, harapiento, hirsuto, horrible, al que unos hombres de la policía trataban con dureza y empujaban con insultos. Yo me aproximé al pobre diablo. Me pareció que en sus oscuros ojos había aún como un recuerdo de alegría. Le pregunté que había hecho para merecer ser reducido a tan lamentable estado.

– He amado – me dijo.

Un poco más adelante, en el mismo camino, nos encontramos un mendigo lisiado. Con una muleta baja cada axila, se arrastraba penosamente vestido con unos sórdidos andrajos; no tenía cabello, no tenía dientes, sus ojos estaban muertos, aunque quizás no fuese tan viejo como esos centenarios. Me aproximé al mendigo. Me pareció que sobre sus pálidos labios todavía asomaba un resto de sonrisa. Le pregunté que había hecho para merecer caer en ese grado de ruina y abyección.

– He amado – me dijo.

En una curva del sendero, avistamos un hombre con una cuerda en el cuello, que estaba colgado en las ramas. Era una escena horrorosa en la bella mañana; tenía la cara violeta; la lengua le salía de la boca; y, aunque no estaba completamente muerto, tenía un aspecto más terrible que un cadáver. Me aproxime al ahorcado. Me pareció que en su frente aun tenía como un resplandor de triunfo. Le pregunté qué aventura lo había inducido a desear y a buscar la muerte.

–He amado – me dijo.

Entonces el joven caballero con el que yo caminaba hacia el futuro se volvió hacia mí y me interrogó del siguiente modo:

–Tú, que tienes dieciséis años, tú, que mañana entrarás en la misteriosa vida, ¿qué harás en la vida, muchacho?

–Amaré – le dije.

### **...PORQUE ÉL HA AMADO MUCHO**

Apenas lo conocía y me interesaba poco. Lo había encontrado aquí y allá, esporádicamente entre los triviales acontecimientos de la vida, en los estrenos teatrales, en los restaurantes que consideran con desdén gracias a las cortinas cruelmente apartadas – a los pobres diablos callejeros; yo sabía que había estado inmerso en aventuras financieras siempre felices, que no desdeñaba añadir a esas serias preocupaciones la inquietud por la literatura que se comenta y por la música que se canta en los Bouffes parisinos o en las Novedades; en nuestros escasos encuentros, me había parecido amable, elegantemente escéptico, ingenioso con las ideas tomadas de la última crónica de Aurélien Scholl o de Montjoyeux; a veces se acordaba con excesiva insistencia de las canciones de Eldorado o de las revistas de la Scala; cuando un artista, ante él, se desmandaba hablando de alguna quimera de altos vuelos o extraña, tenía un modo de abrir un ojo azorado, que lo clasificaba irremediabilmente entre aquellos que jamás comprenderán y se vengán, negando, de no haber comprendido. Por otra parte yo no creía que fuese malvado. ¿Malvado? ¡Oh! no, ni mucho menos. Él pasaba pensando en otra cosa, – o no pensando en nada: hipótesis más probable. Era la inutilidad atareada. Me imaginaba que ni siquiera se encolerizaría con el amante de una mujer poseída y enriquecida por él; no habría perdonado la traición de su amante, pero se habría limitado a ignorarla; y habría entrado en casa de la bella, como de costumbre, un poco antes del amanecer, después de la ruleta en el casino. ¿Y bien, qué? él era parecido a tantos otros, era un jugador, –Bolsa o bacarrá,– un vividor, uno de esos que siempre van de traje negro, desde que el gas se enciende; dicho esto, yo no experimentaba hacía él más que una indiferencia compuesta de un poco de piedad y ningún tipo de menosprecio. De modo que su descalabro, que tanto alboroto produjo, no me dio ninguna lástima, dejándome frío a más no poder.. Había sido rico, ya no lo era; en lugar del palacete donde organizaba fiestas, ahora, huyendo, tenía el refugio de los coches cama, pagados con los últimos luses de la caja. ¡Nada más natural! ¡Nada más normal! No valía la penas ni que se le prestase atención.

Pero, como a todo el mundo, me invadió la cólera cuando supe de donde había obtenido el dinero dilapidado. Había sido banquero, era el que había arruinado a actrices y cortesanas. Desde luego, es de lamentarse cuando algún aventurero se lleva los honrados ahorros de personas humildes, burgueses o empleados; resultan algo muy

triste los calcetines de lana, antes llenos y ahora vacíos, pero para el estafador no hay vergüenza más ignominiosa que robar el salario de los besos y de las caricias. Ser el encubridor infiel de las sumas obtenidas por la mentira del amor, el insolvente receptor de los luses dejados sobre el rincón de las chimeneas; tomar el dinero que gana la desnudez laboriosa de las putas, robarles el premio de su cuerpo, ¿acaso no es una infamia especial, desconcertante, y que merece el más despreciable odio? Se sospechan abominables engaños premeditados; consejos, entre dos vasos de champán, o, sobre la almohada tal vez, entre dos besos, vender títulos para comprar nuevas acciones; unos: «Entiende bien que si hubiese el menor peligro yo no...» y otras persuasivas palabras, y, quién sabe, la obtención, en el abandono supremo, de una firma sobre un talón o una letra de cambio. Luego, – la debacle inmediata, – con ganas de escupir en la cara del despreciable, las reclamaciones interrumpidas por alguna torpe impertinencia sobre el canapé de cuero verde del despacho, y el desabotonar apasionado de una blusa, permitiendo demorar la abertura de la caja. ¡Perfecta abyección! Vive Dios que lo que se desea es que ese miserable fuese pronto cogido del cuello, en alguna estación, por los agentes enviados en su captura.

Pero cuando fue detenido, hete aquí que se despertó en nosotros una simpatía hacia ese miserable.

¿Por que?

Porque se dejó prender por darse el gusto de sonreír a su amante.

\*\*\*

Se había escapado, se había perdido su pista. Habían creído verle en el Havre, en Southampton, en Londres; había desaparecido. Podía haber embarcado hacia algún país lejano, a América, donde se perdería como algo que cae en el Océano. Ante él, – gracias a algunos billetes de banco prestado por un amigo, – estaba la libertad, la esperanza de un nuevo comienzo, y también quizás el sueño, tras nuevas especulaciones, de acreedores desinteresados, de la estima reconquistada, ¡el sueño de la futura honradez! no tenía más que poner el pie sobre el puente del paquebote para encontrarse fuera de peligro, para sumirse en los azares sonrientes del porvenir. Pero el pobre hombre amaba a una exquisita joven que cantaba canciones picantes en un teatro de Bruselas, mientras el huía perseguido por la justicia; partió hacia Bélgica; y, una noche, fue reconocido por unos agentes, no gracias al retrato que se les había distribuido, sino a causa de la sonrisa con la que, sentado en un sillón de la orquesta, agradecía la mirada que la clemencia de su amiga le prodigaba entre dos coplas de opereta. El evadido fue hecho prisionero por el amor de ella. A él le pareció menos cruel estar detenido, encarcelado, juzgado, condenado, que no verla. Le daban igual los gendarmes o el juez de instrucción, puesto que ella tiene los labios tan rosas y tan tiernos los ojos... Se sentía demasiado enamorado de ella para no preferir la cárcel vecina al lejano exilio; y, a pesar de todo, a pesar de su banalidad de antaño, en los tiempos de la inocencia aparente, a pesar de la infamia, de las estafas demostradas y las justicias de la debacle, uno no puede dejar de pensar, sin una tierna compasión, en ese ladrón que es un amante.

\*\*\*

Pero sobre todo vos, joven mujer que cantáis esta noche en ese teatro de Bruselas, sed prudente. Sin duda se os compadecía a causa de la desgraciada aventura que generó en torno a vos tanto escándalo, a causa del dinero perdido. Me pregunto si vos, cuyo oficio es derramar encanto y despertar alegría, os encontraríais sin amargura en las

boinitas fiestas siendo aplaudida y aclamada. Vos estariais melancólica como la única rosa de un jardín en la que no incide el sol, y se diría: «¡Pobre niña!»

Pero en este momento, compadeciéndonos de vos, casi se os admira. Vos no tenéis miedo de permanecer fiel al desgraciado que todavía os adora. El os ha arruinado, ha turbado vuestra risa y ha interrumpido, a causa de los sollozos, la continuidad de vuestras canciones; y vos ¡no os habéis negado a verle, a él, humilde, furtivo y pobre, entre la muchedumbre de los entusiastas espectadores! Vos lo habéis encantado con una acariciadora mirada, a ese despreciable hombre, ese deshecho, a ese deshonorado. ¡Ah! ¡qué encantador y tierno es eso! ¿Conocéis señora, un cuadro de Willette donde, sobre el Calvario, bajo una de las tres cruces, una muchacha bohemia se alza hacia el ladrón malo y le entrega los labios en un consolador beso supremo? Toda el alma se entenece con ese sueño de un poeta; la santa Cortesana, bajo la orca de Jesús, no puede impedir esperar el paraíso próximo; ¡oh gloria adorable! – a causa del desinterés – de ¡ser la Magdalena de un crucificado que no es dios!

\*\*\*

Sin embargo tal vez os estéis reprochando esa mirada llena de dulzura hacia el despreciable amante, siempre amado; vos os decís que si hubieséis sido más fuerte, que si hubieseis sabido reprimir la ternura que os obligaba a volveros hacia él, a hacerle señas, a decirle con mudo movimiento de los labios: «Sí, sé que tu estás ahí, es a ti hacia quien me inclino, todo el mundo está contra ti, pero yo te amo», no lo habrían reconocido, no lo habrían detenido. ¡Oh! no os arrepintáis, señora! En los extraños países, tan lejos de vos, ¿qué suerte le estaría resevada? lo que le esperaba –a pesar de bellos espejismos – tal vez era la miseria, y la vanidad de los esfuerzos y del desánimo que aconseja un revolver en la sien. Gracias a vos, está detenido; pero, gracias a vos también, puede esperar alguna dulzura en su debacle; es muy difícil odiar y despreciar completamente al hombre que una hermosa joven cree todavía digno de una mirada; y, no menos que de su cariño por vos, nacerá, del amor que os ha tenido, una piedad por él.

## EL CRUEL JURAMENTO

Cuando estuvo completamente desnuda, la pequeña baronesa Hélène de Courtisols dijo:

– ¡Ah!, caballero, estaríais muy equivocado si, por haberme visto en pleno día, cerca de esta cama impúdicamente entreabierta, en este apartamento de soltero, donde incluso me he aventurado por primera vez a quitar uno tras otro, con toda naturalidad, los velos más diáfanos, concluyerais que soy una persona carente de virtud o que experimento hacia vos una ternura victoriosa sobre el pudor. Debéis saber que ninguna mujer del mundo tiene más modestia que yo; ha debido usted observar que mis vestidos escotados, en el baile, son casi de cuello alzado, tan penoso me sería mostrar a la codicia de los ojos un poco de la nieve de la que tal vez está hecho mi pecho; jamás se me vio usar esas blusas sin mangas gracias a las cuales, la desnudez de los hombros de los trajes negros puede inspirar a los bailarines, por analogías con frondosos misterios y perfumes, los más reprobables pensamientos. En cuanto a sentir amor por vos, ¡es una locura de la que estoy tan alejada como me es posible! Y, en una palabra, cometeríais un gran error fiándoos de las apariencias.

– ¡Que por cierto son muy hermosas!– dijo Valentin, apenas sorprendido, pues uno debe esperarse de todo.– La visión desnuda de vuestro cuerpo es como la eclosión de una maravillosa rosa viva, que sería sonrosada y blanca. Tolo lo que vale el más apasionado de los abrazos, todo lo que exige los más arrebatados besos, queda puesto de manifiesto en el esplendido milagro de vuestra belleza desvelada; y, dado que sois incomparablemente perfecta, no sé lo que es más deseable, si las rosadas brasas que arden en vuestros senos o el nácar un poco dorado que luce en la uña del dedo gordo de vuestro pie.

La pequeña baronesa repuso:

–Que las apariencias sean agradables a vuestra consideración es algo que no voy a contradecir. Pero tenga por cierto que me revelo ante vos tan poco vestida como un tallo sin corteza, con la intención de quitaros de la cabeza toda esperanza culpable y de ponerme en situación para que os resistáis despiadadamente.

–¡Ah! ¿Cómo?

–Así es –continuó ella – como me gusta decíroslo y como vais a ser instruido.

Cuando ella hubo tomado aliento en una deliciosa inhalación que hinchó su pecho donde ardían dos brasas, dijo:

–Tal es mi pudor natural que la idea de ser abrazada, incluso sin velo por el más respetuoso de los amantes, siempre me resultó insoportable. No, no puedo concebir que las mujeres estén desprovistas de reserva, tan inclinadas a deplorables condescendencias, para librar a las caricias su esplendor completamente ofrecido, ni siquiera oculto por la sombra de un encaje o el reflejo de un tul. ¡Ah! ¡qué golfas! De modo que he formulado un gran juramento; con palabras solemnes, me he prometido a mi misma no desfallecer jamás, desvestida, entre dos brazos apasionados; y, ese juramento lo he mantenido, incluso con el mismo Sr. de Courtisols, – sea cual sea la obediencia debida a las exigencias, tal vez legítimas, de un esposo, – en ningún caso he permitido que me abracen cubierta únicamente de deseos y de besos. Ahora bien, hace un momento, tras entrar en esta habitación, comprendí que había cometido alguna imprudencia dejándome traer. Tan fuerte como sea mi virtud, cien veces puesta a prueba, tan débil como sea la inclinación que hacia vos me atrae, tal vez conseguiríais desconcertarme por el fervor sincero o fingido de vuestro amor. En fin, sí, lo confieso, ¡corría peligro! porque, sin duda, con un magnánimo coraje, en pleno día, ante esa cama entreabierta, me he desnudado, como un gran flor sale de una yema, ¡totalmente! y, ahora, no tengo nada más que temer. Arrodiadlos, tended las manos, abrid los brazos amenazadoramente, rogad, suplicad, sollozad hasta la muerte si os parezco cruel, todo eso no hará más que ser en vano. Si yo hubiese dejado puesto mi vestido, o solamente el temblor de una batista levemente levantada sobre mi pálida y rosa piel, habría podido, asustada, enternecida, caer en alguna detestable concesión; ¡pero soy invencible puesto que estoy desnuda! y he puesto mi honra bajo el cumplimiento de mi juramento.

Como hablaba con una vehemencia que daba a creer alguna sinceridad, Valentin no dejaba de estar bastante inquieto; era con un aire bastante lamentable como contemplaba a la deslumbradora mujer, ofrecida y al mismo tiempo inexpugnable. pero, tras una mirada hacia la cama, esbozó una sonrisa burlona.

Con un gesto irresistible, tomó, levantó en brazos, y transportó a la boquiabierta baronesita, metiéndola entre las dos sábanas con las que rápidamente la cubrió por entero, luego, habiéndose metido él más aprisa todavía, le hizo observar que, bajo la envoltura de la fina tela, estaba vestida tanto como pudiese estarlo. A decir verdad, ella se enfadó, estando muy aferrada a sus deberes. ¡Pero que le vamos a hacer! incluso la cólera de las personas más ariscas no podría ser eterna; así que, partiéndose de risa bajo los vencedores besos, balbuceaba:

–¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué extraña aventura! y quien habría podido pensar que se os ocurriría esto?



### EL SUICIDIO IMPOSIBLE

Una vez, estando iracunda y desesperada porque pensaba que él la había traicionado, la pequeña enamorada, tirándose de los pelos, declaró que quería morir. Para dar cumplimiento a tan fatal proyecto, no le faltaban más que el puñal de las trágicas reinas, o el veneno que contiene la vitola de las románticas heroínas, o la cuerda a la que puede suplir una liga de seda, o la cálida exhalación de los vapores que sigue al transporte de las almas.

«¡Morir! ¡morir!» esa era la palabra que repetía yendo de una pared a la otra; y ustedes se habrían estremecido si les hubiese sido dado ver los aires resueltos y siniestros que tenía en sus ojos, antes tan dulces y en los rasgos de su delicioso rostro. Él, sin embargo, el amante, no parecía inquietarle la medida; no le insistía en vivir, ni siquiera trataba de disculparse de una falta injustamente reprochada; tranquilo, por instantes tenía el terrible coraje de sonreír ante un espectáculo tan logrado para conmover un alma un poco sensible; y cuando, después de imprecaciones con las que el otro por muy bárbaro amante que fuese, se hubiese horrorizado, ella abrió la ventana con la evidente intención de precipitarse, de romperse el cráneo sobre el pavimento de la calle, él se limitó a tomarla por la cintura, y a darle en los labios – resistiéndose, gimiendo y sobresaltada – un largo, tenaz y muy profundo beso. ¡Ay! ¡Qué enojoso ser besada en la boca de ese modo, cuando se tiene tanta tristeza y rabia! Pero el beso era encarnizado, violento y tierno, brutal y delicado. Y ella se callaba, con los labios semejantes a una rosa que una abeja libaba; incluso no se movía entre los brazos que la abrazaban con tanta fuerza. ¡Ah! la pobre ¡tan digna de compasión! más desgraciada de lo que era posible, debió dejarse caer sobre el diván que, por casualidad, se encontraba allí. Pero el despiadado beso no soltaba a la desesperada; él se encarnizaba cada vez más, redoblando su violencia y su ternura; y, en la habitación, en la penumbra de la dulzura soñadora del crepúsculo, se produjo un largo, muy largo silencio, a veces turbado por un suspiro, y otro suspiro, y un rumor de telas, o de un rumor más suave y silencioso, como cuando las manos acarician la seda. Por fin, los labios del cruel amante se apartaron, apenas, ¡oh!, muy poco, casi nada, y, no sin una risita sarcástica, dijo:

–¿Y bien, querida, no queréis morir ya?

–¡Ah! – balbuceó ella, furiosa de no poder estarlo – sois un hombre absolutamente insoportable; y ¿cómo me podría matar ahora puesto que heme aquí muerta?

## LA HAMADRÍA<sup>3</sup> AGRADECIDA

### I

En tiempos muy remotos, yo, pastor de ovejas y corderos al servicio de un avaro granjero, y flautista para mi solaz, erraba por las orillas del Eurotas<sup>4</sup>. Amaba con gran pasión a una virgen de rostro florido como un ramo de rojas gavanzas, de cabellos más dorados que las gavillas amontonadas en haces en el carro de los segadores, con la boca sangrante, alveolo escarlata en donde mi beso hubiese hecho tan dulce miel. ¡Pero que poco decidida estaba Naïs a concederme sus labios! No es que fuese por naturaleza remisa a las caricias como se dice de las ariscas ninfas de Artemisa. Más de una vez ella resistió mal, sobre la linde donde estaba el pasto de sus cabras, los embates de los pastores, y conseguía regresar sin rubor de la frondosidad de los bosques a donde la había llevado uno de esos faunos o de esos silvanos, violador peludo, que sin embargo reducen a la alarma y a las lagrimas, mediante la enormidad de su amor, a las jóvenes muchachas, incluso las más solícitas. Ella solo se mostraba cruel conmigo, ¡con qué atroz barbarie! Para enternecerla, en vano le ofrecía, en una taza frotada con hierbas aromáticas, la primera leche de mi más joven oveja; en vano iba a coger, sobre las laderas en donde la caída es muy peligrosa, las raras flores con las que se hacen los ramos que tan bonitos lucen entre el dorado de los cabellos; en vano le traía, en sus nidos de hojas y de musgos, pequeñas tortolitas que, sin plumas todavía, ya daban el buen ejemplo del arrullo: ¡ninguna de mis ofrendas lograba arrancarle algún gesto de gratitud! Ella aceptaba los presentes, me ordenaba que le hiciese otros, pero nunca un beso, ni una sonrisa, nunca recompensó la obstinación de mi celo. Y yo me lamentaba sin cesar a causa del rechazo de Naïs, mezclando mis lágrimas con el rocío de la mañana, comparando mis llantos con esas gotas de oro que caen de las dolorosas estrellas, quizás ellas también producto de un amor no correspondido.

Ahora bien, una vez que yo había compuesto un poema en el que ensalzaba los encantos de aquella me hacía morir de amor, resolví, esperando que lo leyera, bien esa noche o al día siguiente, escribirlo en la corteza de un abedul; y, con un acero puntiagudo, comencé a tallar el árbol. Por desgracia, éste se puso a gemir desde la primera punción. Una mujer con el corazón picoteado por un buitre o mordido por unos

---

<sup>3</sup> Ninfa de los bosques (N. del T.)

<sup>4</sup> Río de Grecia, el más importante de Laconia. (N. del T.)

dientes de lobo no hubiese emitido más desgarradores sollozos, y, el primer día de las Adonías<sup>5</sup>, las viudas desposeídas del joven hombre de hermoso porte no emitirían tan desesperados gritos. ¡Cómo sufría el pobre árbol! Yo le hacía daño, era yo quién le hacía daño! pero, a fin de que Naïs pudiese leerlos, –Naïs, la presa fácil de los pastores y de los sátiros, tan solo esquivaba conmigo, – con el objeto de que fuese sabedora de la humilde dulzura con la que yo imploraba su inexorable desprecio, continué grabando mis versos en la corteza viva y doliente. Me parecía que torturaba a un joven ser lastimero, que era el verdugo de una carne amorosa y dulce; me parecía que mataba un alma; pero no me importó, no tuve ocasión de sentir remordimientos, tan absorto como estaba en mi deseo por la joven pastora; y continué esculpiendo el poema en la corteza, ¡entre los gemidos más amargos y los rabiosos reproches del árbol débil, agonizante!

Cuando acabé, vi acercarse a Naïs.

–¡Oh!, al menos – le dije yo (el abedul continuaba gimiendo) – ¿leerás estos versos?

Pero sin ni siquiera dirigir una mirada a la corteza, ella dijo:

–Escucha. Me aburre estar vestida con viles telas y vivir en una sórdida cabaña que tiene por techo hierbas secas y tierra. Esta noche estrangularás al granjero a cuyo servicio estás. Él guarda numerosas piezas de oro y de plata entre la paja y los helechos de su catre. Después de haber matado al hombre, cogerás sus tesoros y nos reuniremos bajo las estrellas, en el recodo del camino que lleva hacia las ciudades donde triunfan las hermosas hetairas.<sup>6</sup>

– Pero, – pregunté yo – ¿me amarás después de que haya robado y matado al hombre?

Ella se echó a reír. Cuando reía, se le veían mejor los dientes. Comprendí que me sería imposible desobedecerle.

–¡Sea! – le dije.

Llegada la noche, me deslicé en el cuarto del granjero dormido, y me fui de allí con las manos ensangrentadas, ¡cargado de monedas! Naïs y yo nos reunimos en la encrucijada de un camino. Ella se había tumbado, un poco cansada, y durmió bien. No me permitió acercarme a ella. Había exigido que se estableciese entre nosotros una casta barrera, los montones de plata y de oro, rojos del asesinato.

## II

Rica gracias a mi crimen, se la vio en una carroza tirada por caballos de Tesalia. Llevaba unas túnicas que habían ensangrentado – horrorosa semejanza de la herida bajo mis dedos – la púrpura de las conchas de Tyr. Dos flautistas, que corrían delante de ella, celebraban su reciente gloria, y los hombres jóvenes, se prendaban de sus mejillas en flor, de su cabellera dorada, de su boca escarlata, y los ancianos no recordaban haber visto una cortesana tan bella. ¡Oh! ¡cómo triunfaba porque yo había estrangulado al pobre hombre en su casa! Pero ella no me testimoniaba ningún agradecimiento por el crimen atroz cometido por su amor. Jamás me permitió besar la uña rosada de su dedo meñique, la uña semejante el petalo de una rosa de pitiminí. Mientras ella abría su puerta a afortunados amantes que arrojaron sobre su umbral o colgaron en sus paredes guirnaldas suplicatorias, yo lloraba, con los puños en los dientes, ante la residencia solamente cerrada para mí. Un día, me dijo:

–¡Déjame, asesino!

<sup>5</sup> Época del año correspondiente al mes de julio. (N. del T.)

<sup>6</sup> Nombre que recibían en la antigua Grecia las cortesanas. (N. del T.)

No me sublevé, tan dulces tenía los ojos; pensaba que tenía razón despreciando a un cobarde asesino. ¡Tal vez me hubiese amado si hubiese conquistado en su honor alguna sublime gloria!

Precisamente los arcontes<sup>7</sup> acababan de instituir un concurso donde combatirían los talentos de los poetas más grandes de la Hélade<sup>8</sup>. Aquel que lo ganara entre tantos émulos, sería famoso por todo el universo; las coronas de su frente estarían jalonadas por la diadema de luz en la cual resplandeció la frente del dios portador de la lira.

Yo cantaba, en unas estrofas que Corina<sup>9</sup> de Tanagro había inventado antes, a la bella frente y al cruel corazón – solo cruel conmigo – de Naïs, y triunfé fácilmente; tanto me había acostumbrado a componer nobles versos a orillas del Eurotas; tanto amaba con un amor inspirador a la joven mujer que me negaba su boca. Pero cuando, jaleado de un pueblo que celebraba mi nombre, con la cabeza bajo una corona de laureles, los pies sobre ramos de laureles, me aproximé a la casa donde vivía mi Naïs, encontré la puerta cerrada; y al día siguiente supe que la muy malvada había tenido hasta ese día, entre sus ingratos brazos – porque él había solicitado una mirada impúdica en una esquina de la calle – al más indigno de los rivales que mi genio había vencido.

Me fui triste, no enfadado. Ella era indiferente, eso era todo, al renombre que se gana en los poéticos juegos.

Ocurrió que se entabló una guerra entre dos repúblicas. Por mis ardientes discursos y mis promesas de victoria, logré ser puesto a la cabeza de un ejercito de combatientes, y desplegué tanta valentía que el enemigo, derrotado y disperso, sin detenerse, iba a llevar hasta las más lejanas tierras el ilustre pavor de mi espada. Pero, cuando regresé a la ciudad salvada, supe que Naïs, antes famosa por mi triunfo en los poéticos combates, y a quien llevaba ahora belicosas palmas, había partido, desde mi victoria, para reunirse, en la derrota, con el más cobarde de aquellos que mi coraje había puesto en fuga.

### III

Entonces, sin la esperanza de no ser amado nunca por ella, incluso sin soñar volver a verla, regresé a las orillas del Eurotas, donde antes había sido pastor de ovejas y corderos al servicio de un avaro granjero y flautista para mi solaz. ¡Sufría extrañamente a causa del vano recuerdo de Naïs! Por ella había matado; por ella, había vencido a los más ilustres poetas; por ella, había puesto en fuga a los más formidables enemigos: ni una sola vez se había dignado a permitir a mi boca aspirar el soplo que subía de su querido pecho. ¡Ah!, la cruel, la malvada! A cambio de todo el bien que yo había querido hacerle, de todo el bien que le había hecho, ¡cuánto dolor me produjo a cambio! No pudiendo olvidar, erraba lleno de melancolía, sobre las orillas del pequeño río. Una noche, pasando no lejos de un árbol enclenque, – un abedul, me pareció, – que se balanceaba por la brisa, oí una voz muy dulce... Sí, una voz, salida de entre las hojas que me acariciaba con tiernas palabras, mientras que unos cabellos, desprendidos de las ramas, me enlazaban con tierno abrazo; fue como si, por todas parte, algo muy bueno me envolviese, me amase.

–¡Oh! – dije yo, maravillado –¿qué es esto?

La voz, bajo los cabellos, murmuró:

---

<sup>7</sup> Magistrados que ocupaban los puestos más importantes del gobierno de la ciudad en la antigua Grecia. (N. del T.)

<sup>8</sup> Como se designa a la antigua Grecia. (N. del T.)

<sup>9</sup> Poetisa griega nacida en Tanagro, cerca de Tebas, en el siglo V a.C. (N. del T.)

–Soy la hamadría del árbol donde tú grabaste tu poema, la ninfa del árbol que torturaste. Me desgarraste con un puntiagudo acero, me redujiste a lágrimas y a lamentos, luego huiste con aquella que no te amaba, y le procuraste, sin recompensa, todos los honores y todas las glorias. Yo, herida, sufriente y llorosa, ¡no me he olvidado de ti! ¡Oh! sé que nunca perteneciste a la afortunada, a la ingrata; pero con la voz y los cabellos te consolaré, sin esperanza, y siempre te amaré, puesto que ¡tú me has hecho daño!

## LO QUE LAS HADAS NO PUEDEN

### I

¡Trataréis en vano de imaginar algo más triste y desolado que esa región en la negra montaña! Las cumbres eran tan altas y tan cercanas entre sí que los habitantes del valle nunca habían visto salir ni ocultarse el sol; apenas, hacia el mediodía, algunos rayos acariciaban la aridez de las rocas y las malezas. Ni una florecilla, ni un pájaro cantor; pero, entre los pinos, unas zarzas llenas de cólera donde se deslizaban largas serpientes, donde se guarecían los zorros salvajes, sino unas lechuzas chillando entre los huecos de los granitos desplomados que semejabán ruinas. De modo que el pequeño Jocelyn – el hijo menor de un leñador que vivía allí – siempre tenía el alma llena de una oscura melancolía; y, una vez, no soportando más tristeza y tedio, se dejó caer sobre la tierra, llorando, emitiendo grandes suspiros, como alguien que no hubiese pedido otra cosa que estar muerto.

Pero había allí un hada que le quería hacer bien, a causa de que un día, pasando por allí, ella lo había visto desviarse de su camino para no aplastar a una hormiga errante lejos del hormiguero; ella salió de entre dos rocas bajo la apariencia de una anciana, harapienta, desdentada, con la espalda curvada y las dos manos sobre un bastón. Con voz entrecortada por la tos, le dijo:

– ¡Eh! ¡eh!, pequeño Jocelyn, tienes aspecto de un joven que no posee todo lo que desea. Ya no es momento de llorar tantas lágrimas ni de emitir tales suspiros, teniendo como tienes quince o dieciséis años apenas.

– Por desgracia, buena anciana, – respondió él – ¿quién en mi lugar no estaría desesperado como yo lo estoy? Ningún destino, creo, es más horroroso que el de permanecer para siempre en esta lúgubre tierra. He oído decir a mi padre que existe más allá unos países de luz y alegría; pero yo, cautivo en este valle, jamás los conoceré.

– ¿Por que no viajas, pequeño Jocelyn?

– En esta soledad rodeada de montañas, no hay camino por donde huir; y me siento demasiado débil, a causa de un temor que me enferma, para escalar, de bloque en bloque, hasta las cimas desde donde se ve todo el cielo y toda la tierra. ¡Haría falta que un gran pájaro me llevase desde aquí entre sus alas!

– He aquí – dijo el hada – un deseo que pronto será cumplido. No has pedido nada más sencillo y fácil.

Ella tocó, con la punta de su bastón, una lechuza que, desde un agujero los miraba hoscamente; el vil animal descendió al suelo convirtiéndose de pronto en una águila enorme, magnífica, del color del oro y la nieve, que desplegaba sus alas. El muchacho, sin que hubiese necesidad de aconsejárselo, se tendió sobre la espalda de la espléndida bestia alada, y, con un gesto, dio las gracias a la amable hada, sintiéndose elevado lejos de la tenebrosa profundidad del valle.

## II

Ninguna palabra podría expresar cuan grande fue la alegría de Jocelyn cuando admiró el inmenso espacio azulado, el amplio día y la blancura dorada en el borde de las nubes empujadas por el viento. La tierra también le encantaba, con sus lejanos mares azules, con sus llanuras amarillas, con sus ríos donde se reflejaba el tránsito de las nubes, con sus ciudades de mármol relucientes al sol. Pero lo que le colmó de una dicha nunca esperada fue, no lejos de un gran palacio de muros de porfiria incrustada de pedrerías, un delicioso jardín donde había tantas rosas de ardientes colores que le daban la impresión de ser un incendio incontrolado. Desde que el águila levantó el vuelo tras tenerlo, con un movimiento de cuello hizo una señal para detenerse y Jocelyn se paseó por los senderos con los ojos y el alma deslumbrados. No podía cansarse de mirar, de respirar, de tocar los cálices abiertos, que parecían sonreírle. Creía que su belleza y sus fragancias, se introducían en él; experimentaba la delicia de sentirse lleno de rosas. Y, en los rosales, cantaban mil pajarillos, ruiseñores, currucas, reyezuelos, petirrojos. Y, entre los matorrales en flor, se elevaban arbustos de donde colgaban mil frutas, cerezas, naranjas, melocotones. ¡No tenía más que prestar un poco de atención para oír los más divinos gorjeos! ¡No había más que levantar la mano para tomar los más exquisitos manjares! Otro goce –incomparable éste – le fue ofrecido. Al día siguiente de su llegada a ese paradisíaco lugar, cuando abrió los ojos bajo las ramas que habían cobijado su sueño, vio, en una de las ventanas del palacio, a una joven que era más bella que todas las rosas, cuya voz – pues por momentos cantaba creyéndose sola – sonaba más dulcemente que la de los ruiseñores, y cuyos labios, más rojos que las cerezas, debían ser más sabrosos al ser besados que los mejores melocotones. Llevaba sobre los cabellos una pequeña corona de perlas que revelaba que era hija de un rey; pero aún sin la corona se la hubiese adivinado regia, de tal modo era deslumbrante y bonita. Entonces el pequeño Jocelyn pensó que no había otra cosa que desear que no fuese permanecer siempre en ese lugar sin parangón; más feliz de lo que se podría decir, pasaba los días acechando, entre las flores y las frutas y entre los vuelos de las alas cantarinas, a la joven muchacha de luminosa diadema, y las noches soñando con rosas, naranjas rojas, currucas y una princesa en la ventana.

Pero un día se sentó bajo un arbusto llorando y emitiendo grandes suspiros.

El hada, que quería hacerle el bien, no dejó de acudir en su auxilio; salió de entre dos matas abiertas, bajo la apariencia de una abeja, deslumbrante de oro, y, moviendo las dos alas, le dijo con una voz semejante a un zumbido:

–¡Eh! ¡eh!, pequeño Jocelyn, tienes aspecto de un joven que no posee todo lo que desea. Ya no es momento de llorar tantas lágrimas ni de emitir tales suspiros cuando se vive en un jardín tan bonito, cerca de tan hermosa persona.

–Por desgracia, bonita abeja, ¿quién en mi lugar no se lamentaría como yo hago? He oído decir que muchos enamorados sobre la tierra se casan con aquellas a las que aman. Pero yo no tendrá jamás por esposa a la hija del rey que canta en la ventana.

– ¿Por qué no la pides en matrimonio, pequeño Jocelyn?

–Siendo el hijo de un leñador no me atrevo, con este traje de pobre, a entrar en el palacio. Cómo se reirían de mí si confesase que aspiro a la mano de una tan ilustre damisela. Sería necesario, para casarme con ella, que fuese un príncipe vestido de satén y bordados de oro y haría falta también que fuese correspondido por ella.

–He aquí –dijo el hada – unos deseos que pronto serán cumplidos. No pides nada más sencillo y más fácil.

En ese momento ella rozó, con un ligero vuelo, los cabellos del triste amante. De pronto, se vio vestido con las más ricas telas, sintió a su lado una espada con empuñadura de pedrerías, en su cabeza tenía un gorro con una pluma y un diamante; y todavía no había tenido tiempo de admirar su porte, cuando la hija del rey, seguida de un largo cortejo de señores y damas, se acercó a él diciendo:

–Sabed, príncipe, que desde mi ventana he reconocido en vos al sobrino del emperador de Trébizonde, y que os amo con todo mi corazón. Venid pues al palacio, os lo ruego, a fin que os presente a mi padre y seamos casados.

### III

Cuando fue el esposo de la hija del rey, más hermosa que las rosas y mejor cantante que los pájaros, Jocelyn conoció tales placeres que si un ángel le hubiese dicho: «Vamos, señor, venid, os cedo mi lugar en el peldaño más alto del celeste Trono», el habría respondido: «¡Gracias, pero tengo algo mejor que eso, buen ángel!» Y no solamente fue el marido de una adorable princesa; también fue – tras la muerte de su suegro que lo había designado como sucesor – un glorioso monarca. Gracias al hada consiguió todas sus empresas. Cuando deseaba algo: «He aquí –decía ella– un deseo que pronto será cumplido.» Dispersó más de cien ejércitos, conquistó ciudades, redujo pueblos a la esclavitud, impuso tributos a cuatro emperadores, después de tantos triunfos quiso más triunfos todavía, ¡llenó el universo con el ruido de sus trompetas! tanto que fue el más famoso y el más dichoso de los vivos.

Sin embargo una noche, se dejó caer sobre su trono llorando y emitiendo grandes suspiros.

El hada que le quería hacer bien se mostró sin demora; salió de entre las cortinas del palio bajo la apariencia de un pequeño aguilón<sup>10</sup> que estaba en el blasón real, y, sin pies ni pico, pero hablando mediante el movimiento de sus dos alas, una de gules<sup>11</sup> y la otra de sinople<sup>12</sup>, le dijo:

–¡Eh! ¡eh! rey Jocelyn, tenéis el aspecto de un monarca que tiene un gran pesar. No es hora de llorar tantas lágrimas ni emitir tales suspiros, cuando se es como vos el más grande soberano del mundo.

– Por desgracia, bello pájaro de mi blasón – respondió él –¿quién en mi lugar no dejaría de padecer un vivo dolor? Tengo más de un motivo para creer que la reina, mi esposa, no se conduce tan honestamente como convendría. Si todavía no se ha entregado por completo al más hermoso de los pajes que la sirven, no tardará mucho en suceder, y no creo que falte mucho.

–¿Por qué no la encerráis en alguna torre, rey Jocelyn?

–Encerrada amaría tanto o más a aquel que a mi prefiere; y yo no me siento menos celoso de las ternuras de su corazón que de los tesoros de su persona. Sería necesario, bonito aguilón, que pusieseis en ella el leal deseo y la virtud de no traicionarme ni en realidad ni en pensamiento.

<sup>10</sup> En heráldica, águila joven desprovista de pico y patas (N. del T.)

<sup>11</sup> En heráldica, color rojo (N. del T.)

<sup>12</sup> En heráldica, color verde (N. del T.)



Esta vez el hada no respondió tan rápido como de costumbre.

– Señor,– dijo por fin – Vuestra Majestad hará bien en limitar sus ambiciones de dicha a la alegría de mantener, por la noche, a una bella reina entre sus brazos, en el esplendor del trono y de las armas. Pues he podido hacer transportar un niño, entre las alas de una águila, desde un siniestro valle lleno de sombras a un jardín de rosas encantadas; he podido, hacer del hijo de un leñador, un imperial joven amado por una princesa; aun cuando quizás no viera sin preocupación afilar la punta de las espadas, he podido conceder la gloria de los clarines victoriosos; pero, sabedlo, ¡hacer fiel a una mujer es algo imposible, rey Jocelyn, incluso para las hadas!

## A FALTA DE UNA CAMA...

### I

Valentin no dejaba de estar bastante sorprendido de la larga resistencia que le oponía la Sra. de Caldelis. Además esta exquisita mundana no tenía fama de ser demasiado avara a la hora de ofrecerse a sí misma, y estaba inclinado a creer que – si hay que traer a colación las tiernas miradas, la mano lentamente retirada, los bonitos suspiros de los flirteos, por las tardes, en el hueco de la ventana, o detrás del biombo, cerca del piano – él no le inspiraba a él una invencible aversión; más de una vez, muy cerca de los labios suplicantes, ella había tenido esas sonrisas ya lánguidas que casi son una invitación al beso. Sin embargo, desde hacía un mes que estaban de veraneo en el castillo normando en el que la Señora de Ruremode continuaba las fiestas de invierno, él no había obtenido los decisivos favores que hacen que en el desayuno, un joven hombre, aunque discreto, sentándose entre los huéspedes, deje traslucir esa seguridad triunfal de un Alejandro que acaba de conquistar la India; y, su deseo exasperado por las demoras, no estaba muy lejos de hacerle creer que se moriría si no fuese admitido, poco antes, a no ignorar más el arrullador suspiro con el que la Sra. de Caldelis confesaba sus delicias y recompensaba los tiernos esfuerzos a los que ella eran debidos. De modo que, habiéndola encontrado, en la cálida tarde, paseando por la avenida de plátanos, no pudo impedir quejarse con un tono en el que la amargura se mezclaba con la humildad de la súplica.

– ¡Dios mío! – respondió ella no sin un rubor bastante bien imitado, – ¿de qué serviría fingir por más tiempo? Es bien cierto, señor, que no tengo un corazón de piedra, y que vuestros delicadas atenciones, vuestros ojos vueltos hacia los míos, vuestras suplicantes palabras me han inspirado sentimientos que no van por completo al encuentro de los vuestros; y sin duda estoy más inclinada de lo que sería conveniente, – ¡ah! ¡como me cuesta aventurar tal confesión! – a perder en vuestro favor la reserva a la que me deberían obligar mi natural virtud y una vida hasta el momento irreprochable.

– ¡Oh, felicidad! – exclamó Valentin.

– Pero hay un obstáculo a la plena satisfacción de vuestros crueles y queridos deseos.

– ¿Un obstáculo? ¿Cuál? ¿Es que acaso dudáis todavía de mi ardiente cariño?

– ¿Habría como lo hago si dudase? – dijo ella.

–¿Es que no estáis segura de las medidas que tomaría para salvaguardar vuestra reputación de cualquier tipo de mendicante curiosidad?

–Creo en vuestra prudencia y en vuestra discreción, señor.

–Entonces, ¿qué os detiene? Todo nos es favorable en este castillo cuyos habitantes están demasiado ocupados con sus placeres para preocuparse de la dicha de los demás, en este castillo donde nuestros dos aposentos son contiguos...

– Sí, tan contiguos que se podría, en menos de tres segundos, y casi sin peligro de ser sorprendidos, deslizarse de una puerta a otra después de que se apaguen las lámparas. Incluso siempre he pensado que, más que el azar, había algo de vuestra estrategia en esta proximidad. Pero sabed todo, señor, que en la habitación donde me alojo hay una cama que no es la mía. Desde luego he hecho venir desde París, con los pequeños objetos de aseo, los sillones donde acostumbro a sentarme, el armario donde guardo mis encajes y mis joyeros, el diván al que mis siestas están acostumbradas, pues, para una persona un poco delicada, el uso de muebles que no están vinculados a la intimidad de su vida, que sirvieron a tanta gente, muebles desconocidos, ¿no resultan casi hostiles por ser ajenos? Pero, mi cama, – en madera de Chipre, con palio de satén azul celeste de malines, donde un pequeño Eros abre sus alas de oro,– mi cama ha quedado en mi palacete de Passy; tan lejos estaba yo de imaginar que el fervor de vuestra ternura me haría lamentar quizás su ausencia; y vos, aquí, obligado a renunciar, por un tiempo al menos, a la consumación de vuestras impacientes esperanzas.

–¡Oh! señora, ¿por tal fútil motivo?...

–¿A qué llamáis vos un motivo fútil, señor? Yo no sabría descansar cómodamente sobre un sofá donde otros tomaran asiento, me sería imposible manejar con placer mis perifollos y mis joyas en unos cajones cien veces abiertos y cerrados por no se sabe que manos, la ensoñación me parecería insípida sobre algún sofá banal, y me decidiría al desfallecimiento que exige, por parecer menos penoso a la que se resigna, una tan tierna envoltura de cosas familiares, amistosas, alentadoras, y como disculpables, ¿cómo me iba a decidir al supremo abandono sobre un catre ofrecido antes al primer huésped llegado, donde durmieron personas, roncaron, quizás también amaron? ¡Puaj! señor, esperaba encontrar en vos una mayor sutil comprensión de los escrúpulos femeninos. Pero el amor en una cama así tendría la vulgaridad de una cena en una posada, entre el ruido de los viajeros sentados a la mesa en la cantina. No esperéis que consienta alguna vez en una tan grosera aventura de viaje. Por la virtud que me fue tan querida, juro no perteneceros más que bajo un palio de satén azul donde un pequeño Eros abre sus alas de oro.

Hablaba con un tono tan firme que él vio, con el alma desesperada, que nada ablandaría la obstinación de la Señora de Caldelis; su expresión tenía el aspecto más lamentable del mundo. De modo que después de haberlo considerado durante un largo rato, ella tuvo compasión de él, y con una risilla dijo:

– ¡Vamos, vamos, no os disgustéis tanto! ¿Que os hace pensar que no telegrafíe a París, y que no llegará hoy mismo, un poco antes de la noche, mi cama de madera de Chipre?

## II

Exultante de gloria y alegría, Valentin no quiso delegar en nadie la tarea de recibir en la estación el precioso paquete. Mucho antes de que llegase el tren de las siete y cuarenta y cinco minutos, él iba y venía por el andén, no lejos de un carretero y dos aldeanos generosamente pagados por adelantado. ¡Su dicha estaba próxima! Enseguida la cama estaría colocada sobre la carreta, transportada al castillo, instalada en la

habitación de la Señora de Caldelis. ¡Ah! qué larga parecería la velada a Valentin, entre el silencioso enojo de whist y las conversaciones del té. Pero por eternas que parezcan, las más molestas esperas no duran siempre. Llegaría por fin la hora de apagar las lámparas, de los huéspedes dormidos, de todo el edificio silencioso, la adorable hora en la que, de una puerta a otra, – eran contiguas sus puertas– él se deslizaría sin ruido a lo largo de la pared del pasillo, – ¡la hora en la que abrazaría, bajo el vuelo dorado de un Amorcillo que planea, a la querida bienamada desfalleciente y radiante! Sin embargo el tren no llegaba. ¡Ah! ¿acaso traía retraso ese tren? Que mal está el servicio en los cortos recorridos. Pero no, no, no traería retraso; seguramente no lo traería. Valentin consiguió serenarse. ¿No tenía, para divertir su inquietud, el encanto de sus sueños, la visión, a lo lejos, de la Señora de Caldelis sin velo, ofreciendo en la penumbra la maravilla rosada de su desnudez? De pronto tuvo un sobresalto, el corazón oprimido por un horroroso presentimiento. ¡Unos timbres eléctricos sonaban en toda la estación! Unos empleados corrían aquí y allá, apresurados, ocupados. Él corrió también, siguiéndolos, interrogándolos. ¡Santo Dios! supo..., sí, supo que había llegado un despacho, que había ocurrido un accidente, un descarrilamiento a algunos kilómetros. Ningún muerto, ningún herido. Pero los vagones que contenían los paquetes y los equipajes, habían sido destrozados, reducidos a migajas, contra las piedras de un talud. Profirió un espantoso juramento. ¡Destrozada! la cama estaba destrozada, ¡la adorable cama de cielo de satén azul! Y, lleno de rabia, Valentin se marchó a través de la llanura, perdidamente.

Seguro que no regresaría al castillo. Si encontrase un río se arrojaría allí sin duda; si se encontrase al bordo de un abismo quizás se precipitase por él; pero no regresaría al castillo. No se sentía con valor para volver a ver – puesto que no la podía poseer – a aquella que había creído tan próxima a obtener. A esos ojos que no besaría, a esos cabellos que no dejaría caer sobre la blancura nívea de los hombros, a esa boca donde no acogería la rosa abierta del beso, ¡no quería exasperar su deseo decepcionado! Y huía, sin meta. Las estrellas brillaban desde hacía tiempo cuando por fin se detuvo, extenuado. Se orientó y tomó el camino del castillo. Pues finalmente, incluso desesperado, tenía que regresar, debía intentar dormir. Pero, por ser menos violento, su dolor no era menos profundo; tenía la melancolía que sigue a las irremediables catástrofes.

### III

Después de que el gran portalón fue abierto y cerrado por un criado medio dormido, después de subir la escalera en las sombras, continuó por el pasillo, el querido y triste pasillo donde estaban tan próximos su aposento y el de la Señora de Caldelis. A tientas buscaba su puerta, ¡la suya lamentablemente! Pero cuando iba a entrar escuchó:

–¡Señor! ¡señor! –susurró no lejos, una vocecita muy dulce en las tinieblas.

–¡Ah! ¡cruel! –dijo– ¡sois vos! ¿Os habéis enterado del accidente?

–Sí. Es una gran desgracia.

–Lamentablemente todas mis esperanzas se han desvanecido con la cama de madera de Chipre.

–Sin duda, sin duda, y yo lo lamento más de lo que sabría expresarlo. Sin embargo...

Él se volvió y se acercó, con una alegría regresando a su corazón.

–¿Sin embargo, qué? – preguntó.

–Sin embargo tal vez haya un medio de arreglar las cosas.

La Señora de Caldelis se calló, como retractándose de una frase que se le hubiese escapado en el silencio.

–¡Oh! ¡señora! –balbuceó Valentin cayendo arrodillado ante ella – ¿sería posible que vuestro cariño hacia mi superara vuestros escrúpulos tan legítimos? ¿Habríais dejado de temer un amor que tendría, según vos, la vulgaridad brutal de una cena en una posada?

–¡No! ¡no! ¡No, señor! Jamás consentiré ceder al supremo abandono sobre un catre donde han dormido personas, donde han roncado y también amaron! Pero, en mi habitación, no tengo más que esa cama casi desconocida, banal...

Él se había aproximado más, siempre arrodillado; un perfume tibio, delicioso, lo acariciaba...

– También hay – continuó ella – un diván de seda azulada, con cojines de malines, que está bien, donde solo he soñado; y tal vez, extendida sobre él, me he acostumbrado, en unos pensamientos en los que vos no estabais ausente, a la idea de que ese diván era casi la cama con palio de satén azul, ¡pobre cama destrozada!

## **PARA ELLA Y PARA ELLAS**

**RONDELES SIN RIMAS**

## EL COLLAR MÁGICO

¡Los zafiros, los rubis, los topacios, los crisoberiles y los aventurines ensartados por un joyero mago que tiene una tienda en la avenida de la Ópera forman el collar que yo te regalo, querida! pues este es un collar mágico: si es llevado por una mujer infiel, rápidamente se encoge y la estrangula.

–¡Qué! – dijo Mésange –¿La estrangula?

–¡En un abrir y cerrar de ojos, querida! y sólo vos podéis lucirlo sin peligro.

–Sin duda, sin duda – dijo ella admirando los zafiros, los rubíes, los topacios, los crisoberiles y los aventurines ensartados por un joyero mago que tiene una tienda en la avenida de la Ópera.

–Una sola cosa me molesta – dijo ella – ¿Es lo caro que cuesta, quizás?

–Dos millones, o más.

–¡Ah! Con qué placer lo pondría en mi cuello! Pero debemos tanto ya al costurero, a la modista y a la pequeña floristería que vende rosas delante del Pabellón Chino. ¡Vamos, hay que ser razonable, y deberías volver a casa del joyero mago a devolver los zafiros, los rubís, los topacios, los crisoberlis y los aventurines!

### **EL PERFUME MENOS DULCE**

Acercando mi boca a su adorable boca, umbral rosa del único paraíso que tienta mis deseos peregrinos, no he podido defenderme de una sorpresa lamentable a causa del perfume que emanaba, ese día, de los queridos labios medio cerrados.

Por dulce y exquisita que ella fuese, no lo estaba tanto como de costumbre, el olor del fresco aliento que yo sentía llegar ante mi aliento, aproximando mi boca a su adorable boca, umbral rosa del único paraíso que tienta mis deseos peregrinos.

¿Por qué cruel milagro estáis menos deliciosamente aromático, rubicundo cáliz de carne joven? Me asombraba, me inquietaba. Pero sonreí, habiendo visto que mi amada, por un juego, se había puesto una rosa entre los dientes, y era una flor verdadera la que había respirado aproximando mi boca a su adorable boca.



### **EL GORRO EN EL CIELO**

¡Por encima de los molinos, y los cerros, y los nubarrones, la brisa loca lleva hasta el paraíso y deja caer sobre los peldaños del celeste trono un pequeño gorro de malines emperifollado con borlas rosas!

Los ángeles interrumpen sus cánticos, y, turbados por un olor que no tienen los cabellos de los santos, se preguntan: «¿Qué es esa cosa que, por encima de los molinos y los cerros y los nubarrones, la brisa loca trae hasta el paraíso?»

Entonces, llegada la víspera al cielo, que cien virtudes me valieron, me acerqué, y, antes incluso de haber reconocido el encaje encintado, dije: «Ese debe ser el gorro de aquella que, en la tierra, no era tan dulce y tan cruel; ¡pues sólo Mésange es capaz de arrojar su gorro con tal fuerza por encima de los molinos y los cerros y los nubarrones!»

### **LA NIEVE FALSA**

Esta nieve que por la blancura se parece a las margaritas, a las margaritas de los prados, leales y auténticas adivinadoras de amor, ¿por qué no iré yo por el pálido camino a preguntarle, deshojando copo a copo, lo que ella augura del eterno beso que me ha jurado mi enamorada?

Ciertamente, tan pura, ella no querría confundir sobre un punto de tal importancia al poeta que tan a menudo le dio a conocer la gloria de las bellas metáforas, esta nieve que por la blancura se parece a las margaritas, a las margaritas de los prados, leales y auténticas adivinadoras de amor.

Pero no, no he ido por el pálido camino y no la he interrogado. Pues, en su visible candor, se parece también a tu seno, ¡oh, querida! a tu seno que tantas veces me engaña con falsos latidos; y sin duda ella habría mentido, como tus suspiros y tus delicias, ¡esta nieve que por la blancura se parece a las margaritas!

### **LA CAMISA DE LA VIORNA**

Diáfano y ligero velo donde transparentaban dos redondeces, ¡una camisa sobre la viorna del sendero floreciente se estremece! y yo quedo sorprendido; pues de ordinario suelen ser alas de tortolitos y no camisas de jóvenes mujeres, lo que se posa en los arbolillos.

Me equivoco, eso no es una tela que tiembla allí; pero ¿por qué ese fragmento de niebla matinal imita, como dos gotas de agua, diáfano y ligero velo donde se transparentan dos redondeces, una camisa sobre la viorna del sendero floreciente?

La viorna me responde: «Una vez que tú la querías desvestir en la soledad, vi a tu amante guardar el supremo pudor con un podo de pálido misterio; y, puesto que mis bolas de nieve se asemejan a sus bellos senos temerosos, me sentaría bien tener como ella una camisa, bruma casi batista, ¡diáfano y ligero velo donde transparentasen dos redondeces!»

### **LA BUENA EXCUSA**

Fui yo quién ha querido que ella no llevase más el corpiño porque las ballenas, a pesar del forro y la seda, martirizaban su delicada carne. Jamás habría creído que a causa de eso se dejaría abrazar por otros, desgraciadamente, que no fueran yo, ocho o diez veces al día, por la mañana, por la tarde, ¡no importa!

Me enfadé, discutí y ella respondió: «Nada es más penoso para mi pudor, os lo aseguro, que esos frecuentes abrazos. Pero qué queréis, estoy obligada a ello; no hacía falta... (¡Fui yo quién ha querido que ella no llevase más el corpiño! porque las ballenas, a pesar de la seda y el forro, martirizaban su delicada carne.)

«... No hacía falta ordenarme quitar el continuo abrazo en el que por todas parte el busto se siente presionado; yo ya estaba tan acostumbrada a ello que, al no tenerlo más, debo reemplazarlo con la mayor frecuencia posible.» ¿Qué replicar a eso? evidentemente, tiene razón, la pobre chiquilla. ¡Fui yo quien ha querido que ella no llevase más el corpiño!

### **EL LIS DE ORO**

El lis de oro, en el misterioso pistilo rosa, el inefable lis de oro, del que vuestros fervorosos instantes han merecido por fin que les fuese revelado el perfume, no es sin duda indigno, confiesa ella enrojeciendo, de ser comparado a las cálidas flores que se entreabren bajo los rodados musgos del verano.

Pero las flores reales, por la mañana, se mojan de rocío; y él, tan lejos del día, jamás se engalana con las claras lagrimas que llora el alba, el lis de oro, en el misterioso pistilo rosa, el inefable lis de oro, del que vuestros fervorosos instantes han merecido por fin que les fuese revelado el perfume.

–Es cierto –respondí yo; sin embargo él tiene su rocío, su delicioso rocío donde se quintaesencia la calurosa intimidad de vuestros sueños; y, puesto que incluso lo que viene del cielo no vale lo que viene de vos, ningún cáliz iguala al lis de oro, en el misterioso pistilo rosa, ¡el inefable lis de oro!

### LA EXTRAÑA PRUEBA

Volviendo su fresca boca roja semejante a una pequeña peonía encolerizada:

–¡Oh, traidor! ¡Oh, pérfido!– dijo Colette – ¡Oh el más ingrato y desleal de los amantes! Hoy, esta mañana, hace una hora, fuisteis a casa de Lila, ni todavía levantada! sí, esta mañana, en el preciso momento en el que yo salía de su casa; ¡no lo negueis! tengo una prueba.

–¿Qué prueba? – pregunté yo con la conciencia poco tranquila.

–En vuestros cabellos, en vuestra barba, en vuestro aliento, el perfume exquisito, raro, turbador, misterioso, que solo tengo yo, ¡vos lo sabéis muy bien!

Volviendo su fresca boca roja semejante a una pequeña peonía encolerizada:

–¡Oh, traidor! ¡Oh, pérfido!– dijo Colette – ¡Oh el más ingrato y desleal de los amantes!

– Esto si que es, – repliqué yo – un razonamiento extraño y muy mal hecho para satisfacer un espíritu dotado de alguna lógica. ¿Así que vuestro celoso error supone que mis labios infieles tomaron unos besos en la cálida cama matinal de Lila, porque el perfume que yo conservo?...

–¡Es el mío!, sí, señor, ¡porque es el mío! – dijo ella volviendo su fresca boca roja semejante a una pequeña peonía encolerizada.

### **LA PERFECTA SEMEJANZA**

La execrable y adorada que me mata por su negativa a los goces o al exceso de las delicias, un día que, pintor por su amor, quería hacer su retrato, dijo:

–Es muy enojoso posar derribando por el taller jarrones llenos de flores, pero aquí tenemos unos lis que destacarían de maravilla la blancura de mi frente, y unas rosas que son mi boca.

–Por desgracia, no habrá sobre el lienzo – dije yo – más que una mediocre imagen de vuestro encanto! pues las flores, querida, no son tan hermosas como vos.

–Claro que sí, claro que sí, ellas se me parecen.

Y, tristemente vi irse a la execrable y adorada que me mata por su negativa a los goces o al exceso de las delicias, un día que, pintor por su amor, quería hacer su retrato.

Ahora bien, en el taller cálido y cerrado, me tumbé y me dormí en una perezosa angustia; e iba a expirar, a causa del perfume de tantas flores abiertas, cuando ella regresó:

– Veis lo que se me parecen, ¡puesto que ellas también pueden matar! – ¡dijo besando mi boca la execrable y adorada que me mata por las negativas a los goces o al exceso de las delicias!

### **LA RAMA CANSADA**

Mi corazón muy viejo es parecido a una rama agotada por los soles y los hielos, y tan cansada, tan débil, que el más pequeño herrerillo, con solo posarse, la quebraría; pero todavía se regocija con menudos detalles y con los susurros de los enamorados, así como una rama seca se regocija con un nido entre sus hojas muertas.

Bonita alma frívola y fútil cuerpo tan etéreo como un alma, hermana de las libélulas y prima de las rosas, ¡qué joven sois, querida! y semejante a la nueva primavera, mientras que, por desgracia, mi corazón muy viejo es parecido a una rama agotada por los soles y los hielos, y tan cansada, tan débil que el más pequeño herrerillo, con sólo posarse, la quebraría.

Sin embargo, vos podéis, sin imprudencia, apoyaros en él, querida y no correréis riesgo de caer en la hierba o sobre los duros guijarros; pues tenéis de los pájaros la presta infidelidad del vuelo, y, si él rompe o desfallece, vos lo abandonaréis para olvidar, con un rápido aleteo, mi corazón muy viejo y parecido a una rama agotada por los soles y los hielos.



### **LA CINTA NARANJA Y MALVA**

La cinta naranja y malva, dulce pequeña, que tenéis en lugar de liga, fui yo quien, al levantarme, la anudé a vuestra pierna, y que, antes de acostarme, la desaté, no sin rozar con un dedo la lisa blancura rosa que, por encima de la rodilla, sube y se oculta entre encajes.

Desde luego, yo esperarí en la sombra, en la esquina de alguna calle desierta, y , con un puño vengador, estrangularía al fatuo, al imprudente, al canalla que hubiese rozado un solo instante la cinta naranja y malva, dulce pequeña, que vos tenéis en lugar de liga. Fui yo quien, al levantarme, la anudé a vuestra pierna, y que, antes de acostarme, la desaté.

Pero vos habéis evitado, ¡oh, bonita alma sincera!, traicionar a quien os ama tan sinceramente y jamás habéis permitido una mano rival, entre los frunces de batista o de malines... ¡Es asombroso como esta noche parece anudada del mismo modo que la corbata de mi mejor amigo, la cinta naranja y malva, dulce pequeña, que vos tenéis en lugar de liga!

### **LA PERLA ROSA**

Como una perla rosa en una pequeñísima copa de oro, brilla, estremece, se asusta vuestra feminidad de niña! Pero ser exquista no podría daros el derecho de no ser irreprochable; y veo sin placer vuestra bata cerrarse cuando llega vuestra amiga Cleopatra.

–¿Cleopatra? – dice la monada.

– No os comprendo demasiado. Creo que se llama Colette.

Ella se calló, enrojeció.

–¡Ah! traidora, advino que en ese nombre, como una perla rosa en una pequeñísima copa de oro, brilla, estremece, se asusta vuestra feminidad de niña!

En cuanto a la inquietante amiga que conoce el olor de vuestros cabellos y demasiado a menudo hacia vos abre unos labios secos, se diría, de sed, es le sienta bien el nombre de Cleopatra, el nombre de la regia bebedora en extrañas borracheras, puesto que vos sois como una perla rosa en una pequeñísima copa de oro.

### **INFIEL A SU PESAR**

Es verdad, querida, que me he convertido en el más veleidoso, el más traidor, el más ingrato de los amantes de la tierra. Soy culpable de ello y me avergüenzo. Hacia todas las cabelleras al aire vuela mi deseo prendado de todos los perfumes, y en las bocas de vuestras amigas podríais encontrar el oloroso recuerdo de vuestros labios, pues allí lo he depositado.

Hubiese querido deber toda la primavera a una sola rama de lilas, todo el paraíso a un solo ángel, de tal modo eran honestos mis sentimientos, tanto hubiese deseado que no se dijese de mí: «He aquí el más veleidoso, el más traidor, el más ingrato de los amantes de la tierra » En él me he convertido, ¡es verdad querida!, soy culpable de ello y me avergüenzo.

¡Pero la culpa no es más que vuestra! Pues, con vuestros ojos que bajos otros ojos se extasiaron, con vuestro beso, rosa rápidamente abierta a las abejas, y vuestro seno, tórtola demasiado salvaje, vos me habéis dado, querida, en una noche de flirteos, vuestro corazón, y puesto que yo lo tengo en mí, puesto que, en mi pecho, se ha mezclado con el mío, ¿cómo, decidme, no he de ser el más veleidoso, el más traidor, el más ingrato de los amantes de la tierra?

### **LA PRUDENTE FALTA DE CURIOSIDAD**

¡No quisiera ver la otra cara de las estrellas! ¿Quién sabe lo que ocultan tras su visible esplendor? Tal vez tienen en su cara oculta precipicios tenebrosos, remolinos de lavas, horrorosos y escarpados mundos devastados, apagados, muertos!

¡Tal vez se parezcan a esos fantásticos capuchones de los bailes, que llevan sobre la cara una máscara de seda y en la nuca una odioso disfraz gesticulante! ¡No quisiera ver la otra cara de las estrellas! ¿Quién sabe lo que ocultan tras su visible esplendor?

Vuestros ojos, mi dulce pequeña, son también astros, astros infinitamente puros, donde brilla, en la azul inocencia, el despertar de las jóvenes esperanzas; pero podría suceder que, más allá de su impenetrable transparencia, hubiese extraños deseos, culpables pensamientos y remordimientos ya... ¡No quisiera ver la otra cara de las estrellas!

### **INTERCAMBIO DE AGUINALDOS**

Bajo la fina seda azul bordada con encajes florales, bombones, unas violetas azucaradas y unos caramelos rosas rellenos de crema, constituyen el menú que, junto con un rosario de topacios, estimado en medio millón, he regalado a mi pequeña amiga el primer día del año nuevo.

Pero como ella es muy orgullosa, ¡no quiso ser menos! Mientras la lámpara parpadeaba sutilmente hacia las queridas sábanas de la cama, dijo:

– Yo también os regalaré, bajo la fina seda azul bordada con encajes florales, bombones, unas violetas azucaradas y unos caramelos rosas rellenos de crema.

Y como lo había dicho, lo hizo. De sus velos retirados uno solo se demoró en hacerlo, ¡la camisa! y allí dentro había, bonito intercambio de aguinaldos, dos rojeces bermejas, un poco duras, y aquí y allá una red violeta de venas, y, en un rincón de ese saco, un caramelo rosado, bajo la fina seda azul bordada con encajes florales.

### **EL AMANTE DESINTERESADO**

Aquél al que ames cuando no me ames más, ¡oh! ¡cuánto deseo que sea bueno, joven, cariñoso, heroico! pues te quiero con un alma muy desinteresada; y me gustaría que nuestra dicha moribunda te legara todavía más felicidad.

Sobre todo, sabiendo que tu corazón se complace en los cambios y se divierte con la variedad – quisiera que el amante de mañana no tuviese nada que te recordase al amante que yo era; aquél que te ame cuanto no me ames más, ¡oh! ¡cuánto deseo que sea bueno, joven, cariñoso, heroico!

Pero si tuvieses el alma dulce tanto como yo la tengo, ¿sabes lo que tú desearías, queridita? Querrías que no fuese demasiado diferente de mi, y que se me pareciese un poco, no mucho, un poco sin embargo, o mucho, y que fuese casi idéntico, sí, casi, o completamente, y por fin que fuese yo mismo, ¡aquél que tu ames cuando ya no me ames más!

### **LA RESPUESTA PRECISA**

El dios Amor, que imparte clases detrás de la aldea bajo una mata de clemátides, está muy satisfecho de los progresos de sus pequeñas colegialas. Todas encantadoras, y trotando despacito, unas gavanzas en los labios y unas violetas en los ojos, llegan muy temprano, llevando en el brazo la cesta donde las mamás han puesto las confituras y las cerezas del almuerzo.

Con los ojos cubiertos con unas lentes azules, las interroga gravemente:

–¿Qué es esto?

–Una rosa.

–¿A qué se parece una rosa?

–A una boca.

–¿Para qué sirve la boca?

–Para besar.

El dios Amor que imparte clases detrás de la aldea bajo una mata de clemátides, esta muy satisfecho de los progresos de sus pequeñas colegialas.

Continúa interrogándolas.

–¿Qué es aquello, allá abajo, que bate el ala?

–Un pájaro, que se estremece de amor.

No se podría dar una respuesta mejor. Pero hete aquí que, emocionado con todas esas chiquillas, tan frescas, de mejillas sonrosadas, su toga palpita más de lo que sería conveniente.

– ¡Ay! – dice – ¿qué es esto?

Entonces la más veterana de las colegialas, de once años ya, contesta:

–Creo que es un corazón.

–Sí, sí, un corazón – dice el dios Amor que imparte clase, detrás de la aldea bajo una mata de clemátides.

### **LA ILUSIÓN DE UNA RUBIA**

¡Vuestros finos y ligeros cabellos azafranados, que cosquillean vuestra pequeña frente, tan pequeña, con una aureola de rizos, siempre los miro, siempre, con deseos locos, y, cuando vos no estáis presente, todavía puedo verlos en la oscuridad o durante el día, tan delicados, tan dorados!

Vos habéis adivinado perfectamente que me vuelvo loco por vuestros cabellos más rubios que los tabacos de Oriente, y no sin intención – pues tengo tres millones de renta – de que os acerquéis a veces a mis labios vuestros finos y ligeros cabellos azafranados, que cosquillean vuestra pequeña frente, tan pequeña, con una aureola de rizos.

Pero si he de ser honesto, no podría dejar alimentar por más tiempo, señora, una vana esperanza. Si anhelo la rubia frivolidad que nimba vuestra cabeza, es que pienso en los sueños, en los divinos sueños de oro que, que en una humareda hacia los cielos, subirían de la pipa o del fumadero donde habría mezclado, con dos gotas de opio y tres briznas de cáñamo, vuestros finos, ligeros y azafranados cabellos.



### **EL MENSAJE PERDIDO**

Ese día, bajo el bonito cielo de abril atravesado de vientos que no volverían ya, un vencejo se había posado en la veleta de una chimenea; y conté a ese pájaro todos mis deseos y todos mis sueños y mis más queridas esperanzas rogándole que se las llevara a la pequeña monada que, acodada en su ventana, esperaba la llegada de otro que no fuera yo.

¡Él levantó el vuelo en el claro espacio! pero fue un mensajero infiel; la monada jamás supo nada de los deseos y melancolías que yo tenía por ella; y en vano, ese día, bajo el cielo de abril atravesado de vientos que no volverían ya, un vencejo se había posado en la veleta de una chimenea.

¿A quién llevó entonces mi mensaje? ¿Quizás a una que se burle de él? ¿Quizás a una que fue enternecida, pero de la que nunca conoceré su nombre? Lo más triste de todo es que yo mismo he olvidado esas cosas; y no me queda nada de las tiernas inquietudes ni de las quimeras que obsesionaron mi alma, ese día, bajo el bonito cielo de abril atravesado de vientos que no volverían ya.

### **LA LIMOSNA SOÑADA**

Entre los espinos de la callejuela, bajo las ramas de donde nievan las rosas, la más bella de las mendigas, con los labios color de peonía y los ojos de color azul, se acercó a mí, y, con aire muy piadoso, me dijo en voz baja:

–Vos que pasáis, tened piedad, pues hace tres días que no he amado.

¡Pensáis que me enterneció! ¡Qué le vamos a hacer!, Mésange, precisamente, acababa de reducirme a un estado tal, que la menor de las tiernas limosnas me hubiese resultado imposible, y yo consideraba con una inútil compasión, entre los espinos de la callejuela, bajo las ramas de donde nievan las rosas, a la más bella de las mendigas, con los labios color de peonía y los ojos de color azul.

Pero ella, al conocer la causa de mi involuntaria avaricia, dijo:

–¡Eh! ¡eso no importa!; decidme, lentamente, las prodigalidades a las que os brindasteis, junto a vuestra amiga, en tan perfecta indigencia, decidme lo dulces que os resultaron, como ella os lo agradeció; y, escuchándoos, con los ojos cerrados, ¡tal vez tenga la ilusión de la divina limosna, entre los espinos de la callejuela, bajo las ramas de donde nievan las rosas!

### **LA EXTRAÑA BORLA**

Esta extraña borla, no blanca, sino del color del azafrán, donde persiste otro perfume que el de los polvos de arroz al pánace y unas fragancias de sándalo, ¿quién os la ha dado? – pregunté a Colette;– Se diría que está hecha con el plumón del cisne dorado o de mil pequeños cabellos rojos recogidos en bucles.

–Fue Lila – respondió Colette – que, desde un país de Oriente, donde su simpatía parisina maravilló a los pachas y a los khévides, me envió, en recuerdo fiel, esta extraña borla, no blanca, sino del color del azafrán, donde persiste otro perfume que el de los polvos de arroz al pánace y unas fragancias de sándalo.

– Pues la moda es tan singular en esas lejanas tierras que los amantes no sabrían sufrir el tupido misterio donde se velan de un pudor sombrío los supremos consentimientos – siguió diciendo Colette.

Y a partir de ese momento, a la hora del maquillaje, nunca he podido, sin algún vago pensamiento celoso, ver desplazarse sobre su mejilla, o demasiado cerca de su olorosa boca, esa extraña borla, no blanca, sino del color del azafrán, donde persiste otro perfume.

### **EL FESTÍN VENGADOR**

Los innumerables amantes que ella había preferido a mí, se reunieron en el festín donde les ofrecí mi hospitalidad. La comida y la bebida les parecían tan exquisitas que me felicitaban diciendo:

–¡Oh! ¡qué delicados son estos manjares, y qué azucarado es este lacrima-christi!

Como, en su confiada imbecilidad, no tenían ninguna sospecha del negro proyecto que, a causa de una alcoba demasiado a menudo abierta, obsesionaba mi alma celosa, los innumerables amantes que ella había preferido a mí, se reunieron en el festín donde les ofrecí mi hospitalidad.

Pero en los postres, palidieron y se torcieron, y rodaron bajo la mesa con estertores, pues lo que les había dado a comer, eran sus candores, sus pudores, sus juramentos de eterno cariño; pues lo que les había dado de beber, eran sus sinceras lágrimas y la miel pura de sus besos; y murieron todos, envenenados, entre horrorosos dolores, los innumerables amantes que ella había preferido a mí.

### **LOS COCHES VOLCADOS**

¡El coche volcó sobre el floreciente césped! y, entre las malvas que abrían sus ojos curiosos, he visto relucir, duquesa Lucinde, bajo tu falda satinada, el comienzo rosado de una ascensión hacia el paraíso.

Cuando partiste en el coche, una vez levantado, besé durante mucho tiempo, con labios apasionados, el lugar donde éste volcó sobre el floreciente césped y entre las malvas que abrían sus ojos curiosos.

¡Por fortuna, pasaba un carruaje! Allí deposité, para llevártelos, mis deseos, mis esperanzas, mis sueños, y fustigué al caballo! Pero, al borde del camino, la pastora Lison, con las piernas desnudas en la hierba, me ha sonreído con sus dientes vivos, y volqué, y, antes de alcanzar el tuyo, ¡mi carruaje volcó sobre el floreciente césped!

### **LOS DIENTES DEL BESO**

En la punta del seno, donde se erige el rosado deseo, pongo mi labio apasionado, y los dientes, y muerdo, con la furia de un lobo que devorase una deliciosa presa, la cerrada gavanza de carne color rosa sangre.

Tú, tú te quejas, suspiras:

—¡Oh, malvado! ¿Por qué siempre el seno izquierdo?

¡Y juras que vas a llorar si, demasiado cruelmente, en la punta del seno, donde el se erige el rosado deseo, yo pongo mi labio apasionado, y los dientes, y muerdo!

¡Sí! ¡Siempre el seno izquierdo! y es allí solamente, porque él está mas cerca de tu corazón, ¡muchacha de hipócritas inocencias, enamorada de los traidores juramentos, detestable adorada! y me parece que es tu corazón al que desgarró y del que me vengo en la punta del seno, donde se erige el rosado deseo.

### **EL SUEÑO AMARGO**

Aquella que mi corazón desea, es aquella que no existe. Sin embargo ¡qué bellas son, en su perfumada floración, las morenas de cabellos como la noche, las rubias de cabellos como el alba, y las pelirrojas parecidas al crepúsculo ardiente de los atardeceres!

Tal es mi amargo sueño que, en un jardín encantado donde se abren tantas rosas, busco siempre otra flor entre todas las flores; aquella que mi corazón desea, es aquella que no existe. Sin embargo ¡qué bellas son, en su perfumada floración!

Y si el señor de los innumerable astros me ofreciese en un misericordiosos capricho el rosa Orion y el granate Aldebaran y Sirio, rubíes enormes, y todos los mundo blancos, gotas de la Vía Láctea: «¿Para qué privaros de ellos por mí?, diría yo al dador de estrellas; aquella que mi corazón desea, es aquella que no existe. »

### **EL SUICIDIO IMPOSIBLE**

Me iba a ahorcar, una mañana de abril, en el gavano gigante cuyas silvestres rosas imitan la boca menos salvaje, por desgracia, de mi amada, tal era el deseo que me obsesionaba día y noche desde que había albergado dudas sobre la fidelidad de la muy querida.

A decir verdad, no era una fea cuerda de cáñamo la que quería ponerme al cuello; yo soñaba con una de sus ligas, cinta violeta abrochada con perlas, para ahorcarme, una mañana de abril, en el gavano gigante cuyas silvestres rosas imitan la boca menos salvaje, por desgracia, de mi amada.

Ayer, mientras ella todavía dormía, he hurgado aquí y allá en su cuarto de baño; pero no encontré las ligas, ni la de su pierna derecha, ni la de su pierna izquierda; ¿en casa de quién las había olvidado? y su traición me arrebató incluso la esperanza de consolarme yendo a ahorcarme, una mañana de abril, en el gavano gigante.



### **LOS PELIGROS DE UNA BUENA EDUCACION**

« Puesto que vos me enseñasteis, madre, que se debe imitar en todos los aspectos a las personas bien educadas, ¿qué otra conducta habría podido seguir? – dijo la ingenua muchachita – aunque el estado en el que me veis sobre mi camita blanca y rosa haya dado lugar a asombraros inicialmente, me felicitaréis, creo, cuando sepáis como han sucedido las cosas.

« Desde el momento que entró en mi habitación, ese joven tan cortés me saludó inclinando el cuello; yo hice otro tanto. Se acercó; yo me acerque. Me preguntó por mi salud; yo me informé de la suya. Puesto que vos me enseñasteis, madre, que se debe imitar en todos los aspectos a las personas bien educadas, ¿qué otra conducta habría podido seguir? – dijo la ingenua muchachita.

« Siempre cortés, me miró a los ojos, muy cerca, tiernamente; no menos cerca le miraba yo los suyos, tan tiernamente, os lo aseguro. Corrió hacia una ventana y cerró los postigos; yo corrí hacia la otra ventana y cerré los postigos, como él. Y cuando, después de otras prendas, él hubo quitado, con un aire tan diligente, su camisa, ¿acaso podía yo hacer menos que quitar muy rápido la mía, puesto que vos me enseñasteis, madre, que se debe imitar en todos los aspectos a las personas bien educadas? »

### **EL ERROR VENIAL**

El pequeño cura joven y sonrosado, parecido a un Amor que hubiese ocultado sus alas bajo la casulla, oficiaba la misa tan devotamente como era posible en la capilla de Su Majestad; a veces se distraía a causa de la joven reina demasiado escotada que daba la impresión, cuando se inclinaba en su reclinatorio de oro, de ofrecer a Dios, tan piadosa y un poco gruesa, al mismo tiempo que su corazón, sus senos menudos y redondos.

Las cortesanas, relucientes de satén y pedrerías, adoran no sin demasiado fervor a su bonita soberana, y las damas, con la mirada baja, leen notas dulces entre las páginas de los libros de Henres, mientras que, ante el altar, el pequeño cura joven y sonrosado, parecido a un Amor que hubiese ocultado sus alas bajo la casulla, oficiaba la misa tan devotamente como era posible en la capilla de Su Majestad.

Sin embargo la ceremonia va a acabar y el oficiante se ha vuelto hacia la asamblea; pero, entonces, el perfume que emana del corpiño de la reina le sube a la cabeza como un extraño incienso; él se excita, olvida el sexo de la divinidad a la que sirve, y: « ¡Domina vobiscum!», dice con las fosas nasales aleteando. Se espanta, espera ser recriminado, pero Su Majestad ha sonreído, y las cortesanas aprueban las miradas y el gesto del pequeño cura joven y sonrosado, parecido a un Amor que hubiese ocultado sus alas bajo la casulla.

### **LA LEY BIEN OBSERVADA**

«¡Ah!, me pide demasiado, dijo la imprevisible muchacha, ¡cuando exige ser amado usted solo! Eva fue destinada a más de un amor por el mismísimo Creador; y, si se tienen dos ojos, es para ver dos amantes.

«Hace falta un beso en la mano derecha, otro en la mano izquierda; cada una de las orejas tiene derecho a un discurso igualmente cariñoso, pero no el mismo; ¡ah! me pide demasiado, dijo la imprevisible muchacha, ¡cuando exige ser amado usted solo!

– Pero – dije yo no sin inquietud, – ¿una inefable unidad no implica acaso al menos la reserva, a un solo elegido, de la suprema delicia?

–¡Eh! ¡eh! – murmuró ella.

–La ley providencial que usted misma proclama, no la juzga susceptible de ser infringida?

–No.

–¿Pero entonces?...

–¡Ah!, me pide demasiado! – dijo la imprevisible muchacha.

### **EL REGALO IDÓNEO**

– Esta sortija tan preciosa, en oro bien labrado, pero cuyo engaste está vacío, os la ofrezco como un presente por la mañana – dije yo a mi amiga al día siguiente de nuestra primera noche de amor.

– ¡Oh! ¡que bonita es! – dijo la chiquilla poniéndola en su dedo; – desde luego es un orfebre muy hábil el que labra el metal con esas finas cinceladas. ¿Pero no fue convenido que aquí fuese encastrado un diamante a una perla, o algún luminoso rubí parecido a una gota de sangre roja e intensa?

– Esta sortija tan preciosa, en oro bien labrado, pero cuyo engaste está vacío, os la ofrezco como un presente por la mañana – dije yo a mi amiga al día siguiente de nuestra primera noche de amor. Y creedme, querida mía, que está bien como está, pues en vuestro cuerpo, milagrosa obra maestra, bajo vuestro seno que desafía la blancura de los mármoles más blancos que la nieve de los lis, jamás ha latido un corazón ni por mí ni por ningún otro, ¡oh, vana enamorada! y ese es el regalo idóneo que os debía mi gratitud entristecida, esta sortija tan preciosa, en oro bien labrado, ¡pero cuyo engaste está vacío!

### **LA LLAVE DE ORO**

Yo sentía que la pequeña llave de oro que he encontrado paseando por el palacio del Sueño, estaba hecha para abrir alguna misteriosa puerta detrás de la cual se me ofrecería, como un paraíso revelado, por fin la delicia de la cual, sin incluso saber de que podía tratarse, tengo el alma eternamente ávida.

Intentando abrir con ella todas las cosas cerradas, todas las cosas avaras, todas las esperanzas de amor o de gloria, demasiado dulces o demasiado sublimes para realizarse nunca, sentía que la pequeña llave de oro que he encontrado paseando por el palacio del Sueño, estaba hecha para abrir alguna misteriosa puerta.

Por fin, alguien que pasaba me dijo, conmovido:

–Te esfuerzas en vano, pobre hombre, ¡has nacido demasiado tarde! El misterio en el que tu habrías encontrado la realidad de tu quimera, ni siquiera concebida, ¡era el corazón de una joven muerta hace miles de años!

Sin embargo he conservado la inútil joya, y las más queridas horas de mi vida son aquellas en las que he llorado sobre la pequeña llave de oro que he encontrado paseando por el palacio del Sueño.

### **EL ERROR PERDONABLE**

Sobre la suave sábana de satén, bordada con encajes venecianos, tres amorcillos completamente desnudos juegan a las canicas para divertirse, mientras que Mésange sueña con nuestros besos, con la boca un poco entreabierta, y la camisa deslizada por debajo del joven pecho que palpita.

Pero ellos dejan a los colegiales de las calles las ruines bolas de silex y ágata. Es con rubíes rojos y topacios verdes como al lado de la dormida, sobre la suave sabana de satén, bordada con encajes venecianos, tres amorcillos completamente desnudos juegan a las canicas para divertirse.

De pronto: «¡Ay!», exclama Mésange en un sobresalto deavecilla herida. ¿Que ha ocurrido y de qué se queja ella así, interrumpiendo sus tiernos pensamientos? Uno de los Amores, por un lamentable error, ha lanzado su canica golpeando la fina cima rojiza de uno de los senos de mi amada sobre la suave sábana de satén, bordada con encajes venecianos.

### **EL ESPEJO VIVO**

No habían podido reemplazar el espejo roto que, en la alcoba, reflejaba los abrazos desnudos, al ser él y ella demasiado pobres, y para el amante suponía una desolación cruel a más no poder, pues le había resultado tan dulce antes, ¡ah! más dulce de lo que podía expresarlo, ver duplicada a su muy bella querida.

¡Él no adoraba una boca, sino dos rosas rojas! ¡no dos ojos, sino cuatro pequeños cielos azulados! ¡Cuatro maduras fresas rosadas tentaban su labio anhelante también de dos lis de oro semicerrados en la nieve... Desgraciadamente habían podido reemplazar el espejo roto que, en la alcoba, reflejaba los abrazos desnudos, al ser él y ella demasiado pobres.

El se lamentaba tanto y tanto que la muchacha, compasiva, resolvió acudir en su ayuda. «¡Bueno! ¿cómo lo consoló ella?» Tenía una amiga, en todos los aspectos, tan bonita como ella misma, igualmente gruesa, y no menos rosada donde conviene, y tan dorada donde debe estarlo; no penséis que a partir de ahora el amante pierde el tiempo en lamentar el espejo roto que, en la alcoba, refleja los abrazos desnudos.

### **LOS ANCIANOS Y LAS ROSAS**

En ese remoto país ignorado por los geógrafos, no era tolerado por la ley que los ancianos, de frente gris y labios pálidos, amasen todavía. Para que se juzgase si seguía siendo digno o no de las frescas bocas femeninas, cada amante, apenas cuádragenario, debía, a manera de prueba, soplar a una rosa.

Si la flor bajo el aliento no se marchitaba, se le dejaba vivir algunos días más; pero se le ahorcaba enseguida si la flor se ajaba o se apartaba, irritada. En ese remoto país ignorado por los geógrafos, no era tolerado por la ley que los ancianos, de frente gris y labios pálidos, amasen todavía.

¡Sin embargo muchos ancianos de corazones todavía tiernos se lamentaban de una tan injusta regla! A fin de complacerlos, unos culpables floristeros idearon fabricar unas rosas artificiales, sin perfumes ni rocío, que no se marchitasen, que no se apartasen; y es por lo que ahora se ve, en ese lejano país y en algunos otros, amando todavía a ancianos con la frente gris y pálidos labios.



### **EL MEJOR DISFRAZ**

–Para no ser reconocida en ese baile en el que se cometerán cien locuras – dijo la chiquilla de hipócritas ojos, de pérfida boca –¿qué disfraz pondré? Vamos, caballero, el tiempo apremia, aconséjeme. ¿Un antifaz de satén negro, sin barba? ¿Un antifaz de satén rosa con un encaje blanco a modo de barba? ¿Y si pusiese una de esas máscaras japonesas, feroces y fantásticas, con bigotes de hilachas, o bien – nada más divertido que esta fea cuando se es tan bonita – alguna horrible narizota para no ser reconocida en ese baile en el que se cometerán cien locuras?– dijo la chiquilla de hipócritas ojos, de pérfida boca.

–No – respondí yo – ¡ni antifaz rosa ni negro, ni máscara japonesa, ni narizota burlesca! Tenga solamente en los labios una sonrisa cuya promesa no miente, una franca mirada en los ojos, el rubor en los pómulos de un pudor sincero; ¡eso os bastará para no ser reconocida en ese baile donde se cometerán cien locuras!

### **EL AFORTUNADO REFLEJO**

Mi bella vecina de enfrente, a la que no conozco y a la que conozco tan bien, se desviste en el suntuoso cuarto de baño iluminado con candelabros de oro, y como, por descuido, no ha cerrado los pesados cortinajes, yo puedo ver a través del vidrio y la muselina como se mueve su imagen entre el marco engalanado de un espejo que se inclina.

Una a una caen las estolas, las batistas a continuación, y, una vez que saca las medias negras, toda la sonrosada blancura de su maravilloso cuerpo desnudo llena el espejo, mientras que al regreso del baile mi bella vecina de enfrente, a la que no conozco y a la que conozco tan bien, se desviste en el suntuoso cuarto de baño iluminado con candelabros de oro.

Por desgracia, marquesa tal vez, o duquesa, o real alteza, ella no me juzgaría digno de aspirar el perfume de uno de sus guantes perdidos. Pero, en mi balcón, yo me inclino y me sitúo como es debido, y, en el espejo, mi reflejo, mezclado con el suyo, enlaza con brazos ardientes y besa con mil besos a mi hermosa vecina de enfrente a la que no conozco y que conozco tan bien.

### **LAS FLUIDAS PELIRROJAS**

Ambas estaban en la diáfana bañera de cristal tallado de Bohemia, yo las había sorprendido enjuagándose, mezcladas, como en una sola ola dos Oceánidas; y si no hubiese visto sus cabelleras flotando sobre el agua como algas de oro, habría podido, sin temor a equivocarme, jurar que si una era pelirroja, la otra no lo era menos.

¿Qué deseo, en ese acontecimiento, habría obsesionado el alma de un hombre verdaderamente digno de ese nombre, ante esto de ir, más desvestido que un abedul sin corteza, a reunirse con las dos en la diáfana bañera de cristal tallado de Bohemia?

Yo las había sorprendido enjuagándose, mezcladas, como en una sola ola dos Oceánidas.

Ellas no me permitieron consumir mi propósito, a causa, según dijeron, de que se estaba muy apretado ya. Pero logré aspirar un poco de la ola tibia en la que se frotaban, más calurosas y tan pelirrojas; y, embriagado, de un solo trago, creí que una ninfa sirvienta, inclinando unas urnas llenas, aquí de vino tokay tinto, allá de constancia de oro, las había vaciado a las dos en la diáfana bañera de cristal tallado de Bohemia.

### **LOS REMORDIMIENTOS DE MÉSANGE**

Los jardines están sin rosas y los cielos sin estrellas a causa del invierno y por culpa de la sombría noche. Viendo esto, mi pequeña se deshace en lágrimas y se lamenta golpeándose el pecho como una persona torturada por los remordimientos.

– ¡Desgraciada! ¡desgraciada!, ¡qué culpable soy y que castigos me he merecido! Tú que me amas, ¿sabes la razón de que los jardines estén sin rosas y los cielos sin estrellas?

– A causa del invierno y por culpa de la noche sombría.

– ¡No, no es por eso! Una malvada hada, enemiga de todo lo que florece y de todo lo que deslumbra, ha jurado que una flor se marchitaría en los campos y que un astro se apagaría en el azul del cielo a cada infidelidad que yo te hiciera, ¡pobre hombre! y es por lo que, ya, los jardines están sin rosas y los cielos sin estrellas.

### **LA HERMANA DE LA PRIMAVERA**

En lo más profundo del bosque, bajo una acacia en donde crecen flores rosas, el césped fue el lecho nupcial de mis primeros amores. ¡Ah! Denise, Denise, ¿te acuerdas de la noche en la que, estando los padres sentados en la mesa de whist, nosotros nos reunidos, con el corazón palpitante, en la soledad de la cita jurada?

¿Fue mi brazo quién te inclinó, dócil, sobre la hierba entre los brezos? ¿o tú misma, desfalleciente de amor, te dejaste caer cerrando los ojos, Denise? En lo más profundo del bosque, bajo una acacia en donde crecen flores rosas, el césped fue el lecho nupcial de mis primeros amores.

¿Dónde estás ahora, Denise? ¿estás marchita, hermana de la antigua primavera? Como tú, ellas me han abandonado, los candores, las esperanzas, y la fe en el beso. Un día, día de sol sin embargo, he vuelto a ver el lugar donde nos abrazamos: las lluvias habían horadado la tierra sin césped y nuestro lecho parecía una fosa vacía en lo más profundo del bosque, bajo una acacia en donde crecen flores rosas.

### **LA FELICIDAD DEMASIADO CERCANA**

La más bella de las mujeres, reina o emperatriz, vestida de satén dorado y sus profundos cabellos engalanados de pedrerías, se ofreció a mis miradas cuando yo salía de mi casa, a los quince años, en una clara mañana de abril, para ir a buscar la felicidad.

–Señora, ¿podéis vos enseñarme el camino que conduce a la felicidad?

–Muchacho, tú has llegado, puesto que estoy aquí. – respondió con una radiante sonrisa la más bella de las mujeres, reina o emperatriz, vestida de satén dorado y sus profundos cabellos engalanados de pedrerías.

– Que grande hubiese sido mi alegría – le dije yo – si os hubiese encontrado más allá, ¡al final de la ruta! pero no tendré ningún placer en poseeros, no habiéndoos conquistado, ni llorado, ni sufrido. Quizás sea una indigente, enclenque y fea, quien me ame al otro lado de la colina; no importa, ¡no hay felicidad que no esté lejos!

Y yo abandonaba, cantando una canción de esperanza, a la más bella de las mujeres, reina o emperatriz.

### **GÉNESIS DE LAS ESTRELLAS**

En el inmenso cielo sombrío y azul, espanto y encanto del hombre, no brillaba ningún astro al comienzo de las cosas; y cuando la Anadiómena<sup>13</sup> salió, blanca y de oro, de la ola, ella no habría visto a dos pasos delante de ella si sus ojos no hubiesen hecho la luz.

Un poco cansada de haber nacido, se extendió sobre el arenal, y se durmió envuelta por su cabellera a la que más tarde se parecería el sol; en el inmenso cielo sombrío y azul, espanto y encanto del hombre, no brillaba ningún astro al comienzo de las cosas.

Pero una ráfaga, venida de las profundidades siempre nocturnas, perturbó el sueño. Entonces, Cypris, encolerizada, se despertó; tomando a manos llenas la arena que rozó su carne y sus cabellos, ¡la lanzó hacia las tinieblas! y de repente hubo millones de estrellas en el inmenso cielo sombrío y azul, ¡espanto y encanto del hombre!

---

<sup>13</sup> Venus saliendo del mar. (N. del T.)

## **EL MURO**

Un muro duro, un muro sombrío, un infranqueable muro, eso fue con lo que choqué cuando rompí de un furioso puñetazo el lienzo donde un hábil artista había pintado la inmensidad del mar estremecido de velas y de alas, y el más lejano de los cielos, divinizado de estrellas!

El cuadro me irritaba, esta falsa visión de los infinitos, simulada por los azules, los verdes y los oros que se compran al mercader de colores. Un muro duro, un muro sombrío, un infranqueable muro, eso fue con lo que choqué cuando rompí de un furioso puñetazo el lienzo.

Pero con la cólera satisfecha, mis melancolías no fueron menos amargas; y, con los dedos doloridos, me pregunté en mis tristes pensamientos si un hombre, cuyo puño sería lo bastante poderoso para echar abajo el horizonte real, no encontraría también, más allá del mar y de los cielos y de los astros, un muro duro, un muro sombrío, un infranqueable muro.



...PORQUE ÉL HA AMADO MUCHO .....	41
A FALTA DE UNA CAMA.....	53
EL AFORTUNADO REFLEJO.....	92
EL AMANTE DESINTERESADAO .....	72
EL AMOR Y LA MUERTE .....	37
EL COLLAR MÁGICO.....	57
EL CONFESIONARIO.....	3
EL CORAZÓN EN LA CABEZA .....	36
EL CRUEL JURAMENTO.....	44
EL ERROR PERDONABLE .....	88
EL ERROR VENIAL.....	84
EL ESPEJO VIVO.....	89
EL FESTÍN VENGADOR .....	78
EL GORRO EN EL CIELO .....	59
EL LIS DE ORO .....	63
EL MEJOR DISFRAZ .....	91
EL MENSAJE PERDIDO.....	75
EL MURO.....	98
EL PERFUME MENOS DULCE .....	58
EL PERFUME VENCIDO .....	19
EL REGALO IDÓNEO .....	86
EL SUEÑO AMARGO.....	81
EL SUICIDIO IMOSIBLE .....	82
EL SUICIDIO IMPOSIBLE .....	46
GÉNESIS DE LAS ESTRELLAS .....	97
HADA SIN SABERLO .....	23
INFIEL A SU PESAR.....	69
INTERCAMBIO DE AGUINALDOS.....	71
LA BUENA EXCUSA.....	29, 62
LA CAMA SALVADA .....	13
LA CAMISA DE LA VIORNA.....	61
LA CINTA NARANJA Y MALVA .....	67
LA EXTRAÑA BORLA.....	77
LA EXTRAÑA PRUEBA.....	64
LA FELICIDAD DEMASIADO CERCANA.....	96
LA HAMADRÍA AGRADECIDA .....	47
LA HERMANA DE LA PRIMAVERA .....	95
LA HONESTA RECIPROCIDAD .....	7
LA ILUSIÓN DE UNA RUBIA .....	74
LA INUTILIDAD DEL EJEMPLO .....	40
LA LEY BIEN OBSERVADA .....	85
LA LIMOSNA SOÑADA.....	76
LA LLAVE DE ORO .....	87
LA NIEVE FALSA.....	60
LA PERFECTA SEMEJANZA .....	65
LA PERLA ROSA .....	68
LA PRUDENTE FALTA DE CURIOSIDAD .....	70
LA RAMA CANSADA.....	66
LA RESPUESTA PRECISA.....	73
LAS CORTESÍAS DEL ADULTERIO .....	11
LAS ESTRELLAS PERDIDAS.....	34
LAS FLUIDAS PELIRROJAS .....	93
LAS HOJAS VENGADAS .....	31
LO QUE LAS HADAS NO PUEDEN.....	50
LOS ANCIANOS Y LAS ROSAS .....	90
LOS COCHES VOLCADOS.....	79
LOS DESEOS DE UNA GAVANZA.....	16
LOS DIENTES DEL BESO.....	80
LOS PELIGROS DE UNA BUENA EDUCACIÓN .....	83
LOS REMORDIMIENTOS DE MÉSANGE.....	94
MÉSANGE Y LAS HERRERILLAS .....	25
ROSA EN ALQUILER.....	26